La conquista del ESPACIO

BOLSILIBROS BRUGUERA

LA FRONTERA DEL INFINITO

Glenn Parrish

CIENCIA FICCION



La conquista del ESPACIO

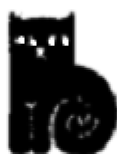
BOLSILIBROS BRUGUERA

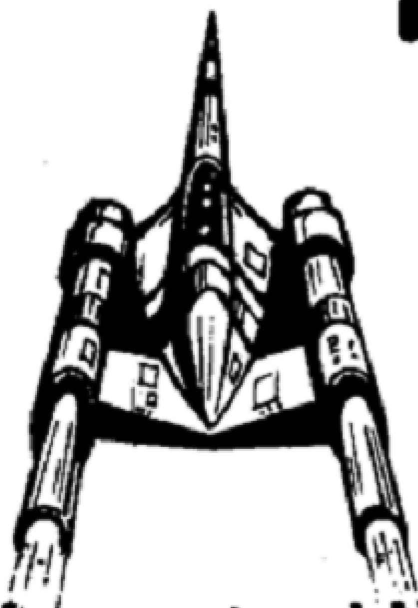
LA FRONTERA DEL INFINITO

Glenn Parrish

CIENCIA FICCION







La conquista del ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

1. — *Un náufrago en el siglo XXX.* Glenn Parrish
2. — *El cerebro asesino.* Josep Berna
3. — *Cercados en el planeta amarillo.* Ralph Barby
4. — *¿Somos terrestres?* Glenn Parrish
5. — *El imperio de los robots.* Joseph Berna

GLENN PARRISH

LA FRONTERA DEL INFINITO

ColecciónLA CONQUISTA DEL ESPACIO* n.° 655
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 103 1983

Impreso en España - Printed in Spain

1. a edición: febrero. 1983
1.
1. a edición en América: agosto. 1983

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de **EDITORIAL BRUGUERA,** S. **A.** Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera,** S. **A.**

Paréis del Valles (N-152.Km 21,650) Barcelona - 1983

CAPÍTULO PRIMERO

Luchaba ferozmente, tratando de deshacerse del acoso de aquellos bárbaros, mitad hombres, mitad bestias, con sus horribles codos prolongados en agudísimos espolones de más de veinte centímetros de longitud y afilados como navajas de afeitar. Los hjark

tenían, además, las patas semejantes a las de un avestruz, aunque más cortas, con dos monstruosos dedos, que estaban prolongados en sendas uñas de diez centímetros de largo, capaces de destripar a un hombre de un solo golpe.

Lo mismo podían dar patadas que coces. Se defendían tanto por delante como por detrás. Por si fuese poco, la piel escamosa de su tórax, era punto menos que impenetrable a las armas corrientes. Sólo podían traspasarlas las descargas de, su pistola nuclear, pero el generador estaba alimentado por una pila solar y ésta se había agotado.

Únicamente le quedaba la Aulladora, su magnífica espada de metro y medio de longitud, de filo que no se podía embotar aunque golpease las más duras rocas y con la que podía dividir a tres hombres por la mitad, si tenía la suerte de pillarlos en posición apropiada.

Los hjark, además de sus armas naturales, usaban largos puñales que se sujetaban en la frente, como un arnés especial, a modo de cuerno, con el que atravesaban a su enemigo, en un ataque con la cabeza baja. La Aulladora, sin embargo, no se daba descanso y, pese a la singular constitución de sus adversarios, las cabezas y miembros volaban por los aires continuamente, despidiendo repugnantes chorros de sangre verde amarillenta.

Pero el vigor de su brazo no era ilimitado y empezaba a dar las primeras muestras de cansancio. Los hjark, que habían atacado con gran ímpetu en los primeros momentos, habían remitido en sus ataques, al ver la esforzada defensa que se les oponía y también enormemente impresionados por la cantidad de bajas que les había infligido un solo enemigo.

Pero ahora veían que su adversario empezaba a dar muestras de flaqueza y cerraron el círculo, dispuestos a desencadenar el ataque final. Keith Carter contempló aquellas horrendas bocas abiertas, en las que brillaban los desnudos colmillos de cinco centímetros de longitud, y se imaginó a sí mismo, sumergido bajo la marea de aquellas semibestias, devorado antes de exhalar el último suspiro.

Un hjark saltó hacia él, con la pata izquierda adelantada, en un golpe que buscaba su garganta. Era una finta, y Carter lo sabía, por lo que se limitó a echar el cuerpo hacia atrás. Cuando el ser, todavía en el aire, disparó la pata derecha, en una velocísima tijereta, la Aulladora centelleó como un relámpago de plata y el miembro de su enemigo voló por los aires, seccionado a ras de la cadera. Antes de que

el hjark cayera al suelo, la espada se movió de nuevo y la cabeza adornada con el cuerno artificial quedó separada de su tronco.

Una uña rasgó ligeramente su brazo izquierdo y la sangre corrió por la epidermis. El osado atacante rió ferozmente, pero su risa se quedó congelada en su monstruosa boca, cuando la cabeza empezó a volar por los aires, a varios metros de distancia de su horrible cuerpo.

Carter se dio cuenta de que ya no resistiría mucho más. El final parecía inevitable, pero, en aquel momento se oyó un agudo grito:

— ¡Keith! ¡Aquí estoy!

La pelea se suspendió en un instante. Todos los ojos se volvieron hacia el lugar de donde procedía la llamada.

Montada en un enorme *sarphetik,* Lurma de Siwol acudía al rescate del hombre de quien estaba ciegamente enamorada.

Durante una fracción de segundo, Carter contempló la imagen de aquella bellísima mujer, vestida sucintamente con una corta túnica, que dejaba al descubierto sus maravillosas piernas. Los ojos azules como lagos de montañas y la cabellera de hilos de oro flotando libremente al viento, componían una imagen de una belleza indescriptible, aumentada por el contraste que suponía el animal sobre el cual cabalgaba.

Lurma llegaba en su *sarphetik,* una especie de saurópodo de cuatro pares de patas, con mandíbulas de acero, dorso con patas triangulares de casi un metro de alto y cola de nueve o diez metros de longitud, terminada en doble aguijón, duro como el diamante y capaz de traspasar el metal más fuerte como si fuese mantequilla.

— ¡El reino está salvado, Keith! —gritó Lurma, a la vez que lanzaba el saurópodo a la pelea.

Los hjark no eran enemigos para la cabalgadura de la joven. El *sarphetik* mordió, pateó, traspasó con los aguijones de su cola... Los pocos semihombres que quedaron indemnes, escaparon a todo correr en una huida vergonzosa, pensando únicamente en salvar sus miserables vidas.

Lurma saltó ágilmente desde los seis metros de altura de su silla de montar y cayó en brazos del joven semidesnudo y ensangrentado que parecía a punto de desfallecer.

— ¡Mi héroe! —le dijo, a la vez que le miraba ardientemente—. Gracias a ti, mi reino se ha salvado. Tu valerosa acción, entreteniendo a las tropas del traidor, ha permitido que mi guardia contraatacase y barriese por completo a los sublevados. Ven, ven, amor mío, tú gobernarás mi reino a partir de ahora, a mi lado, para siempre, para siempre…

Y, en aquel preciso instante. Carter sintió un terrible dolor en el costado derecho.

* * *

Abrió los ojos, enormemente sobresaltado. Delante de él aparecía la conocida figura de Owen Madigan, el hombre para el cual trabajaba. En los ojos de Madigan podía leerse la cólera más absoluta.

—Maldito vago —rugió—. Te contraté para que trabajases, no para que, te durmieses a la sombra de un árbol. Te dejé esta mañana aquí a las ocho, son las doce y, ¿qué has hecho en estas cuatro horas? Apenas si has arrancado una veintena de metros cúbicos del terraplén…No, Keith Carter, no; ya hace días que vengo diciéndotelo. Pago bien, pero no quiero vagos, así que ya puedes considerarte despedido. Recoge tus bártulos y lárgate, ¿me has oído?

Carter se puso en pie lentamente y asintió en silencio, mientras evitaba posar la mirada en el encolerizado rostro de su patrón. Era preciso convenir que Madigan tenía razón; no se podía negar que tenía motivos sobrados para sentirse furioso.

No sabía lo que le sucedía de un tiempo a esta parte. Siempre había sido un hombre activo y trabajador, pero, de repente, le había acometido una especie de languidez, que le hacía sentirse fuera de este mundo en muchas ocasiones. Ahora era indolente, incluso vago, y aunque conocía las causas, tampoco sabía cómo remediarlo.

En el fondo de su alma, presentía que estaba a punto de sucederle algo extraordinario, aunque no se imaginaba qué podía ser. Carter se daba cuenta de que aquel estado de ánimo no era natural en él e, incluso, había pensado en consultar a un psiquiatra, si las cosas no mejoraban en un plazo prudencial.

Pero ahora tendría que posponer la visita al psiquiatra. Madigan

le había despedido y debería buscar otro empleo. Lo malo era que hombres como Madigan habían pocos; duro y exigente, pero también generoso a la hora de pagar a sus empleados.

— ¡Estás despedido! —aulló Madigan de nuevo—. Por fortuna, estamos terminando la semana y no importa demasiado que el trabajo se acumule un poco. Pásate el lunes por mi oficina y cobrarás lo que se te debe. Eso es todo.

A continuación, Madigan montó en la enorme excavadora con la que Carter debía haber destripado media montaña y se marchó, dejando tras de sí una estela de fenomenal estruendo. Un poco más allá, había un grupo de operarios y encargó a uno de ellos que se ocupase de la máquina, mientras él volvía a la ciudad con su aeromóvil propio.

Carter, furioso consigo mismo, dio una patada a un terrón, que se deshizo inmediatamente. Luego, sin poder contenerse, lanzó una mirada al paredón rocoso en el que debía haber trabajado, en lugar de dedicarse a vanos sueños sobre pretendidas aventuras espaciales, en compañía de bellísimas princesas y luchando contra feroces seres, mitad hombres, mitad bestias.

Lanzó una amarga carcajada. Ni Lurma de Siwol, ni espada Aulladora, ni hjarks, ni saurópodo…

Todo había sido una fantasía, creada por su desbordante imaginación, pero, en algunos momentos, había llegado a creer en una absoluta realidad. Cuando el estentóreo grito de Madigan le trajo de nuevo al mundo en el que vivía, estaba viviendo la aventura de un modo total, absoluto. Incluso había creído sentir contra su pecho el cálido contacto de los suaves senos de Lurma.

—Al menos, y puesto que iba a casarme con ella, podía haberme dejado disfrutar de la luna de miel —rezongó.

Pero ya no cabían protestas. Sólo le restaba volver a pie hasta la ciudad, si un alma caritativa no se compadecía de él y le permitía subir a bordo de su aeromóvil. «Después del fin de semana —se dijo— sería cosa de buscar otro empleo».

De pronto, al mirar casualmente hacia el paredón, vio algo que le llamó extraordinariamente su atención.

Era un agujero oscuro, en cuyo interior parecía haber algo que desprendía un débil brillo. Atraído por una invencible curiosidad,

Carter se acercó al talud y, agachándose un poco, trató de ver lo que había al otro lado del boquete.

El brillo no era muy intenso y no permitía captar demasiados detalles. Por otra parte, Carter tenía los ojos habituados al fuerte resplandor del sol que centelleaba en un cielo sin nubes. Con las manos, trató de agrandar el agujero y apartó a los lados la tierra y las piedras, hasta que tuvo espacio suficiente para poder pasar al interior.

Al ensanchar el orificio, entró más luz y Carter pudo darse cuenta de que había descubierto una cueva, cuya existencia se ignoraba. Tal vez una burbuja de gas, encerrada en alguna convulsión geológica ocurrida millones de años antes y que, con el tiempo, se había disipado, dejando solamente el hueco que ahora, al cabo de incontables siglos, había entrado en contacto con el mundo exterior.

Gateó a través de un corto túnel y pronto pudo erguirse. Ahora, sus pupilas estaban ya habituadas a la penumbra que reinaba en el interior de la oquedad y lo que pudo contemplar le dejó completamente estupefacto.

El resplandor procedía de lo que parecía un sarcófago transparente, situado sobre un extraño pedestal, de forma lenticular. El féretro se hallaba a unos seis o siete metros del suelo, sobre la cúspide del pedestal, que tenía todo el aspecto de un clásico platillo volante. El diámetro del aparato, calculó, era de unos cincuenta metros.

Había alguien en el interior del féretro. Una persona y parecía muerta. Pero la distancia era excesiva para que pudiera captar más detalles.

La curiosidad seguía acuciándole. Las paredes de lo que ya consideraba una nave espacial eran bastante inclinadas y demasiado lisas para poder ascender hasta el sarcófago. Carter se acercó un poco más y rozó con las yemas de los dedos el suave metal, pulido hasta un extremo que ni siquiera podía imaginarse. Contra lo que podía esperar, el metal no estaba frío y, aunque no quemaba ni mucho menos, parecía tibio al contacto.

«Como si fuese la piel de un ser vivo», pensó.

Y, en el mismo instante, un trozo de estructura se deslizó silenciosamente a un lado y ante los asombrosos ojos del joven apareció una abertura que permitía ver el interior de la nave brillantemente iluminado.

«Aquello —pensó Carter—, era una invitación a entrar » Sin duda, el roce de sus dedos había accionado algún mecanismo de apertura de una puerta cerrada quizá durante miles de años. Y, tras unos segundos, muy pocos, de vacilación, entró.

CAPÍTULO II

Lentamente, dominado por un sentimiento de admiración que no hubiera sabido describir con palabras, recorrió el interior de la astronave, descubriendo maravillas inimaginables; Una vez pensó en Madigan. De nuevo estaba soñando aventuras imposibles y el fiero patrón vendría a despertarle d nuevo con una segunda patada en el costado.

Vio una escalera que conducía al piso superior, pero tropezó y estuvo a punto de caer. El ligero dolor que sintió en una rodilla le convenció de que estaba completamente despierto y que su situación actual no era fruto de una fantasía

Cuando llegó al piso superior, se encontró con lo que parecía el puente de mando. Había un gran pupitre, con vario sillones, y otro más, en un plano ligeramente superior, lo que le indicó era el puesto del comandante de la nave. A frente, vio un gran muro de cristal gris, liso. Seguramente era una pantalla visora, que permitía contemplar lo que su cedía en el espacio.

Pero en la nave no parecía haber nadie. Carter recomí un buen número de cámaras, destinadas sin duda al aloja miento de la tripulación. Todo aparecía completamente vacío, sin señales de que la nave hubiera estado habitada en alguna ocasión. Tampoco pudo

encontrar la menor prendí de ropa que le diera algún indicio sobre el comportamiento social de los constructores y tripulantes de la astronave

Todavía había otra cubierta superior y Carter trepó por una escalera de pendiente bastante pronunciada. Al llegar arriba, fue cuando vio el féretro, pero sólo pudo contemplar su parte inferior.

Se preguntó cómo llegar al exterior. «Habría alguna forma», se dijo. Entonces divisó, en una de las paredes, lo que parecía un pequeño cuadro de mandos, con varios botones de distintos colores.

«No tenía mucho que perder», se volvió a decir. La nave, encerrada en una cueva, no podría despegar. Pulsó al azar varios de los botones, sin sentir, de momento, extrañeza porque hubiese alguna maquinaria en funcionamiento. Casi le parecía ya natural todo lo que le estaba sucediendo.

De pronto, oyó un leve zumbido. Mito a todos lados y vio el féretro descendiendo de las alturas.

Sostenido por unos hilos invisibles, el sarcófago bajó lentamente hasta posarse en el suelo. Carter, presa de la vivísima emoción, se acercó a la superficie acristalada, en forma de paralelepípedo, y contemplo por algunos segundos el rostro el rostro de la hermosísima mujer que yacía bajo la cubierta transparente.

En el primer momento, creyó hallarse ante la princesa creada por su fantasía, Lurma de Siwol, dada un cierto parecido fisionómico con la joven que yacía en el féretro. Pero ésta tenía el pelo negro como ala de cuervo y su piel no era tan blanca como la de Lurma. Tenía un tono tostado claro, lo que le confería un atractivo aún mayor

Los ropajes eran caros, costosos, adornado con joyas cuyo valor no se atrevió a calcular. Carter vio diamantes, rubíes y esmeraldas de tamaños jamás soñados, brazaletes de oro y una bellísima diadema que ceñía las sienes de aquella hermosa joven, indudablemente muerta, pero conservada de un modo tan admirable que más parecía estuviese dormida.

El seno, que adivinó esbelto, estaba cubierto por un pee toral de oro, adornado con infinidad de gemas Las manos estaban cruzadas sobre el cuerpo y la cabeza se hallaba apoyada sobre un almohadón, cuyas cuatro esquinas estaban prolongadas en unas enormes borlas hechas con cientos de perlas del más puro oriente.

Al cabo de unos segundos, perplejo, se preguntó qué debía hacer. ¿Tenía que comunicar a alguien su descubrimiento? ¿Qué pasaría con el cuerpo de aquella bellísima muchacha, que había llegado a la Tierra después de un inacabable viaje por el espacio insondable? ¿Qué desaprensivos científicos disecarían aquel cuerpo para saber cómo eran los seres de otro mundo?

Y los tesoros de la nave, ¿.adonde irían a parar? Si comunicaba su hallazgo, los profanos de tumbas caerían como bandadas de buitres hambrientos y devorarían todo y destrozarían el féretro y la nave y...

Sin darse cuenta de lo que hacía, puso una mano sobre el cristal. Entonces, inesperadamente, oyó un leve chasquido.

La tapa empezó a girar lentamente a un lado, como si fuese a abrirse. Y Carter pudo escuchar el sonido más inesperado que jamás se hubiese atrevido a imaginar: el sonido de un suspiro.

Miró a la joven y vio que su pecho, hasta entonces inmóvil, se movía con suaves movimientos de descenso y ascenso.

— ¡No está muerta! —exclamó jubilosamente.

«Pronto se despertaría», pensó, rebosante de alegría. Pero la tapa de cristal seguía girando y se dirigía hacia él. Carter retrocedió instintivamente un par de pasos, sin darse cuenta de que estaba jumo a la escalera de acceso a aquella cubierta.

Al tercer paso, su pie se apoyó en el vacío y empezó a caer de espaldas.

Gritó instintivamente, y manoteó, en busca de un asidero, pero no consiguió agarrarse a ningún saliente. Dio una completa voltereta sobre sí mismo y cayó de pie, pero no pudo mantener el equilibrio y se inclinó violentamente a un lado. Entonces su sien derecha chocó contra algo duro y, tras un deslumbrante estallido de luz, perdió el conocimiento.

* * *

Despertó al cabo de un rato, sintiendo en la cara el frescor de un líquido que alguien le había aplicado en la cara con un paño húmedo.

Durante unos momentos, no sintió más que dolor en su cráneo, pero luego, poco a poco, empezó a mejorar.

Pronto se dio cuenta de que estaba tendido en el suelo, con la cabeza apoyada en el regazo de una persona. Una mano larga, fina, delicada, pasó el pañuelo mojado por sus sienes.

—Despierta, despierta —oyó una voz de tonos musicales muy dulces.

Carter abrió un ojo y vio a pocos centímetros de distancia el rostro de la muchacha a la que había visto en el interior del féretro. La sorpresa le hizo sentarse de golpe, para mirarla con una mirada en la que había toda suerte de emociones encontradas.

—Tú no estabas muerta...

Ella rió. Su risa parecía hecha de cristales tintineantes.

—Estoy perfectamente, como puedes comprobar —respondió—. Pero, dime. ¿Quién eres tú? ¿Qué hacías en mi nave?

—Me llamo Keith Carter y...

El joven se calló de pronto. Sólo en aquel instante podía darse cuenta de que sucedía algo totalmente incomprensible.

La nave ya no se hallaba en el interior de una cueva, bajo millares de toneladas de tierra y roca, sino al aire libre, en una gran planicie, muy escasa de vegetación y azotada por un sol que brillaba implacablemente en lo alto. No obstante, a unos cientos de metros de distancia, pudo divisar un grupo de rocas, a cuyo pie abundaba la hierba y crecían una veintena de árboles. Sin duda, había allí un manantial, aunque aquel lugar no era el mismo en el que la empresa de Madigan había obtenido el contrato para realizar unas excavaciones de tierras.

— ¿Dónde estoy? —preguntó.

— ¿Dónde vas a estar? En Skirron, naturalmente —contestó ella.

— ¿Skirron? Nunca he oído ese nombre...

—No lo has oído y estás aquí... Pero te has caído y te golpeaste en la cabeza. Sin duda, sufres las consecuencias del golpe —dijo la joven—. Ya te se pasará, no te preocupes. A propósito, me llamo

Terphyx de Zhanor.

—Terphyx —repitió él—. Es un nombre muy bonito. Oye, ¿y tus ropajes de ceremonia?

Ella bajó la vista un momento y se contempló las vestiduras que llevaba puestas en aquel momento, una blusa sin mangas y falda muy corta, de color blanco marfileño. El calzado consistía en unas sencillas sandalias de medio tacón, sujetas por unos cordones que se enroscaban hasta la mitad de las pantorrillas.

—Me los he quitado —contestó—. Para la vida normal son bastante incómodos. Aunque —suspiró—, quizá lo que nos espera no pueda calificarse como vida normal.

— ¿Qué quieres decir? —preguntó Carter.

Terphyx señaló la nave.

—Está inutilizada El generador ha sufrido una grave avena y no puede volar. Sin duda, se debe a uno de los disparos que me hicieron los hombres de Borkos, cuando intentaba huir de ellos.

— Borkos... ¿es enemigo tuyo?

Terphyx asintió.

—Es enemigo de todos los miembros de la estirpe de los Zhanor, a quienes ha jurado exterminar. Y casi ha conseguido sus propósitos, porque, en estos momentos, yo soy la única superviviente del apellido.

—Debe de tener motivos poderosos contra vosotros.

—Cuando acabe conmigo se convertirá en el hkaddor de Skirron.

— ¿Qué quiere decir hkaddor?

—Es la persona de máximo rango, la autoridad suprema del planeta.

—Ah, algo así como rey o presidente —murmuró Carter—. Pero tú —recordó de pronto—, ¿no estabas dormida en un féretro?

—La nave se quedó sin energía y yo no sabía adónde podía ir a parar, ni cuánto duraría el aire respirable. Por tanto, no tuve otro remedio que someterme yo misma a un proceso de autohibernación, que me permitiese volver a la vida cuando las circunstancias

ambientales fuesen propicias. Eso si Borkos no me encontraba antes, cosa que, por fortuna, no ha sucedido.

Carter meneó la cabeza. Había cosas que, pese a todo, no acababa de comprender.

—Y yo te encontré en la Tierra y ahora estamos en Skirron... Debe de tratarse de algún sueño mío nuevamente...

— ¿Cómo dices?

—No, nada, no te preocupes; hablaba conmigo mismo. Terphyx, si escapabas de Borkos, ¿te fuiste sola?

Un gesto de tristeza apareció inmediatamente en el rostro de la joven.

—Venían conmigo una docena de mis leales. Todos murieron defendiéndome, hasta que yo quedé sola —contestó. —Murieron en la nave, supongo.

—Sí. Arrojé sus cuerpos al espacio... También lancé todo cuanto había en el interior, a fin de evitar un excesivo consumo de energía... Pero mis esfuerzos resultaron inútiles y tuve que encerrarme en el féretro. Sin embargo, la nave dispone de un sistema de seguridad, que le permitió tomar tierra sin daños. Ese sistema queda agotado apenas aterriza y. por tanto, en el momento actual, no hay energía en h nave ni siquiera para calentar una taza de sopa.

—Si la nave funcionase, ¿qué harías, Terphyx?

—Bien, regresaría a Skirronia, con el fin de intentar combatir de nuevo a Borkos... Pero me temo que esto no son sino sueños que nunca podrán realizarse. No lo digo por mí; mi cargo me importa poco, pero Borkos será un feroz tirano y con él en el puesto de hkaddor, sobrevendrá una época de opresión como jamás se ha conocido en este mundo.

—Ese tal Borkos debe de ser un mal bicho —comentó Carter. Hizo un esfuerzo y consiguió ponerse en pie—, Terphyx, ¿te importa que vaya un poco al manantial? Tengo sed y quiero lavarme un poco la cara...

—Claro —contestó ella—. Te acompañaré. Keith.

De pronto. Carter se volvió hacia la muchacha.

—Oye, ¿no tienes armas a bordo?—preguntó.

Terphyx hizo un gesto negativo.

—Ya te dije que lancé todo por la borda. Parece cosa de risa, pero necesitaba hasta el último gramo de potencia del generador. Prácticamente, me quedé sólo con lo puesto.

—Incluyendo el traje de ceremonia.

—No podía renunciar a él. Si había de morir, al menos estaría en ese momento ataviada como corresponde a mi rango —dijo ella orgullosamente.

Carter echó a andar.

—Terphyx, voy a pedirte un favor —manifestó—. No es que sea una lumbrera en mi especialidad, pero, al menos, tengo los estudios mínimos para conseguir el título. Claro que no me sirvió de nada, porque tuve que emplearme como simple conductor de una pala mecánica... En fin, al menos en teoría, soy ingeniero y, aunque no he visto nunca una nave como la tuya, me gustaría hacer lo necesario para poder reparar la avería.

—Por mi parte, no hay inconveniente. Si no lo consigues, nos esperaran momentos muy difíciles. Estamos en el desierto de Nor-Keh-Om, y según he podido calcular, en un punto situado al menos a mil kilómetros del lugar habitado más próximo.

Carter emitió un silbido.

—Bonita perspectiva —exclamó—. Mil kilómetros, a pie, y suponiendo jornadas de cuarenta kilómetros diarios, son nada menos que veinticinco días de marcha.

— ¿Y provisiones? ¿Y agua?

— ¿No te queda nada en la nave?

—Agua, por fortuna, tenemos en el manantial y en la nave dispongo de recipientes. Pero la comida que queda a duras penas alcanzará para dos días.

—Nos pondremos a media ración y así tendremos alimentos para cuatro días —dijo él resueltamente—. Y, en último caso, si antes no he conseguido reparar la avería, siempre hay el recurso de comer hierba.

No sabrá muy bien, pero llenará el estómago.

Los árboles, observó momentos después, parecían palmeras terrestres. Pero no daban frutos o no era aún la época, por lo que, decepcionado, tuvo que desistir de pensar una dieta de dátiles.

El agua alivió por completo el dolor que aún persistía. Tenía un pequeño corte en la sien y se lo lavó cuidadosamente. La herida había cerrado por sí misma y ya no sangraba. Al terminar, sintiéndose completamente bien, miró sonriente a la muchacha.

La había encontrado en la Tierra, bajo una montaña, dormida, y ahora estaba despierta, a su lado, y en un mundo cuya situación desconocía. Pero no le importaba nada.

«Con tal de que Madigan no venga a despertarme», pensó.

Se tocó la sien, aún hinchada un poco y con la señal de la herida fresca. No, esto no era un sueño, sino realidad.

—Terphyx, tú sabes pilotar la nave —dijo.

—Por supuesto.

—Conocerás también sus interioridades.

—Desde luego, aunque no soy una experta...

— Algo más que yo ya sabes —sonrió Carter—, Pero confío en hacer una buena labor, aunque sea una chapuza. ¿Qué te parece sí empezamos a trabajar, Terphyx?

Ella le dirigió una cálida sonrisa.

—Creo que soy una mujer afortunada —contestó.

Carter hinchó el pecho orgullosamente.

—Acabas de decir una verdad como un templo —exclamó.

CAPÍTULO III

Sudoroso, tiznado y con manchas por todas partes, Carter asomó medio cuerpo por la escotilla que conducía a la planta baja, donde se hallaba la maquinaria que movía la astronave.

— ¡Terphyx! —llamó.

La muchacha acudió corriendo.

— ¿Qué sucede, Keith?

—Necesitaría un trozo de metal pulido, plateado, de unos dos metros de ancho, aproximadamente. ¿Sabes tú dónde conseguirlo?

—Creo que sí, aunque no será plano. Es el reflector de la sala de estar...

— ¿Cóncavo? —Carter hizo el gesto con las manos.

—Sí, desde luego.

El joven saltó fuera rápidamente.

—Creo que es justo lo que necesito —exclamó.

Minutos después, descolgada del techo de la sala un cuenco de metal brillante, muy pulido, en cuyo centro había una diminuta lámpara. El espejo aumentaba considerablemente la luz de la lámpara, de poca potencia, con el consiguiente ahorro de energía.

—Servirá —dijo—. Ni habiéndolo diseñado yo, resultaría tan apropiado.

Momentos más tarde, salía al exterior, con los extremos de un

cable de casi cinco centímetros de grosor, pelados para dejar al descubierto el metal conductor. Buscó dos gruesas piedras y situó sobre éstas ambos extremos, uno encima del otro.

—Podría atarlos, pero la conductibilidad resultaría afectada —explicó—. Por cierto, he visto cascos de astronauta. ¿Quieres traerme uno?

—Aquí respiramos bien...

—Sí, pero no tenemos gafas protectoras contra un excesivo resplandor y la máscara del casco es una excelente protección.

Terphyx le trajo el casco, que Carter se puso sin más sobre la cabeza Trabajaba con el torso desnudo y. para una mayor libertad de movimientos, se había recortado los pantalones por encima de la rodilla.

La curvatura del reflector era relativamente escasa. Carter había calculado que, de haber formado una esfera completa, habría tenido un radio de ocho metros. Después de algunas pruebas, consiguió situar el reflector en el lugar adecuado.

El cuenco reflejó los rayos de sol, concentrándolos en el foco que era el punto donde se hallaba el cable roto. Carter se mantenía en pie, sujetando el reflector mediante dos asas que había colocado provisionalmente. Puesto que debía seguir el movimiento del sol, se desplazaba lateralmente, con gran lentitud, a fin de que el foco de calor estuviese siempre actuando sobre el metal que quería soldar.

A los pocos minutos, se elevó una ligera nubecilla de vapor del punto donde se concentraban los rayos de sol, con un resplandor intolerable. Terphyx se había puesto también otro casco y la visera atenuaba considerablemente aquella luz cegadora que, de otro modo, habría dañado gravemente sus retinas.

Un cuarto de hora más tarde, comenzaron a correr las primeras gotas de metal fundido. Carter mantuvo el reflector en funcionamiento, hasta tener la seguridad de que la soldadura estaba perfectamente realizada.

— La recarga de baterías ya ha comenzado —dijo él, después de quitarse el casco—. Ahora ya disponemos de energía para algunos instrumentos auxiliares. Antes de poner la nave en funcionamiento, puliré un poco el punto de soldadura y luego lo recubriré con una capa aislante. Puesto que la nave funciona con energía solar, será

preciso esperar a que el generador esté totalmente cargado. Cuestión de cuatro o cinco horas, nada más.

Terphyx le miró sonriente.

— ¿Qué habría hecho yo, de no haberte encontrado, Keith? —Seguirías siendo la bella durmiente... aunque no te despertó un beso precisamente.

—No entiendo...

— Ya te lo explicaré algún día. Si me traes un poco de agua, por favor, enfriaré más rápidamente el cable y podré empezar a pulir la soldadura antes.

—Muy bien, Keith.

Terphyx entró en la nave. Una vez más, en los días que ya llevaba junto a la muchacha. Carter se preguntó si seguía su sueño o estaba actuando de un modo real. Se tocó el costado y calculó cuánto tardaría en sentir el poco agradable contacto de la bota de Madigan.

Pero sentía hambre, sed y cansancio, y eran unas sensaciones que no se percibían en sueños. No, todo lo que le sucedía era real, auténticamente cierto, aunque se sintiese incapaz de comprender cómo había podido llegar a semejante situación.

Empezó a impacientarse, Terphyx se retrasaba.

—Mujeres —gruñó—. Estará mirándose en algún espejo...

La muchacha asomó repentinamente por la escotilla.

— ¡Keith! —gritó—, ¡Vienen los dullous!

— ¿Cómo? ¿Quiénes son los dullous?

—Mercenarios al servicio de Borkos. Cabalgan en caballos alados y. si nos encuentran aquí, nos matarán con sus lanzas. Carter frunció el ceño.

—Creí haberte oído decir que estábamos a mil millas del lugar habitado más próximo —dijo.

—Esos caballos pueden recorrer las mil millas en pocas horas. Seguramente, se trata de una patrulla de reconocimiento, enviada por Kryon, el jefe de los dullous. Borkos le habrá advertido de que la nave

no quedó destruida, como había creído en un principio, y le habrá ordenado que me busque a toda costa.

— Y no tenemos a bordo ni una mala pistola de fogueo —rezongó el joven—. Bien, podernos encerrarnos en la nave y esperar que se cansen, intentando romper la escotilla, hasta que el generador pueda funcionar...

—Seguramente, disponen de pistolas fundentes. Forzarían la escotilla, Keith.

—Nos vamos a divertir. Terphyx. ¿Cuántos son esos jinetes que montan Pegasos?

—Seis. Todos usan lanzas...

—Pero ¿cómo diablos lo sabes?

—Se me ocurrió probar el radar de exploración próximo. Vi unas señales y conecté el visor telescópico. Están ahora a unos trescientos kilómetros y llegarán antes de una hora.

—Esos caballitos se mueven rápido —comentó Carter—. ¿Cómo demonios podría yo defenderme de ellos?

Estuvo pensando unos momentos, contemplado por Terphyx con gran expectación. De pronto chasqueó los dedos.

—Creo que ya lo tengo —exclamó.

Y. sin más, echó a correr hacia el interior de la nave, dispuesto a preparar el arma que le permitiría combatir con éxito contra aquellos extraños sujetos que viajaban montados en caballos con alas.

* * *

Realmente, de caballo tenían muy poco las monturas de los dullous. Parecían más bien gaviotas con patas, pero unas gaviotas que no medían menos de cuatro metros del morro puntiagudo, no picudo, hasta la cola corta, emplumada, que servían de timón para el aparato volador que eran unas alas de ocho metros de envergadura total.

El cuerpo de los animales era, lógicamente, alargado, esbelto, y estaba cubierto de fino pelo rojizo. Tenían patas, cuatro, pero eran muy cortas, apenas unos apéndices que les permitían sostenerse en el suelo, cuando no volaban. Pero aquella estructura corporal ofrecía sin duda ciertas desventajas para el combate.

Los dullous eran hombres de aspecto casi corriente, vestidos con ligeras armaduras de metal y cascos con anteojeras, para protegerse del viento durante el vuelo de su cabalgadura. Las monturas llevaban un especie de arnés, al cual se sujetaban con correas cuando estaban volando. Para guiar al animal utilizaban una especie de bridas que iban a parar a un casquete sujeto a su cabeza. Terphyx le había explicado que las bridas iban conectadas a unos terminales eléctricos, de baja potencia, que enviaban señales al cerebro de las bestias, haciéndolas así obedecer las órdenes de su jinete.

Pero el combate no iba a ser de seis jinetes en sus monturas contra un hombre a pie. Los dullous usaban sus monturas exclusivamente para sus desplazamientos. Cuando llegaba la hora de luchar, tenían que hacerlo a pie; las enormes alas de los animales les habrían impedido usar su lanza contra el adversario.

— ¿Por qué no usarán simples pistolas en la lucha? —se preguntó Carter, mientras aprestaba el arma con la que pensaba pelear.

Los caballos alados refrenaron su vuelo y se posaron lentamente en el suelo. Plegaron sus alas y se quedaron inmóviles, mientras sus jinetes, blandiendo las lanzas, se precipitaron contra Carter, lanzando aterradores gritos que martirizaban cruelmente los tímpanos.

El joven no se dejó impresionar por los alaridos. Con la mano derecha sujetaba un largo cable conductor, de un centímetro de grueso. A dos metros de su extremo, pelado en aquella longitud, de modo que el metal quedase al descubierto, había sujetado una gruesa piedra, que proporcionaría al cable el suficiente momento de inercia para conseguir el objetivo deseado.

De la mano de Carter a la piedra había casi seis metros. Uno de los dullous, más rápido que sus compañeros, se adelantó, con la lanza en las manos dispuesto a traspasar al joven.

El cable chasqueó en el aire, primero suavemente, y luego con un seco estallido, provocado por el relámpago azulado que brotó al contacto de la parte sin aislante con el cuerpo del guerrero. Este lanzó

un atronador aullido, dio un tremendo salto y cayó al suelo, fulminado por la descarga eléctrica generada por la batería solar.

Carter levantó el cable de nuevo, a fin de evitar un contacto demasiado prolongado contra el suelo, lo que causaría sin duda una rápida descarga de la batería. Un segundo dullou cayó electrocutado instantáneamente y los otros cuatro, aterrados por los efectos de un arma que les resultaba completamente desconocida, se retiraron a prudente distancia, evidentemente para conferenciar y discutir un plan de ataque que les diese la victoria.

—Si nos matan, recibirán una importante recompensa —dijo Terphyx.

—Si insisten en atacarnos, la única recompensa que les espera es pudrirse al sol —contestó Carter ceñudamente.

Al cabo de unos minutos, los dullous dieron muestras de ponerse nuevamente en movimiento. Lanzaron unas cuantas miradas hacia la nave y luego se dispersaron, caminando con grandes precauciones, como si quisieran atacar por varios puntos a la vez.

—Lo vamos a pasar mal. Keith —advirtió Terphyx.

—Entra en la nave y saca el reflector. Creerán que es un escudo, y puede servir como tal, pero también es un arma.

Ella comprendió en el acto y corrió hacia la escotilla. Cuando salía se oyó un horripilante alarido.

Dos guerreros atacaron al mismo tiempo, tintando con las lanzas uno tras otro. Carter no hizo caso y aguardó a que sus enemigos hicieran algo más que simular la pelea

Después de unas cuantas gesticulaciones, los dullous se lanzaron a la carga. Terphyx, valerosamente, se situó en el camino de uno de ellos y le enfocó el reflector

El foco de calor dio de lleno en el rostro del sujeto, abrasándoselo instantáneamente. Aturdido, vacílame, soltó las manos, llevándoselas a la cara, en donde, en fracciones de segundo, había percibido aquella intolerable sensación térmica. Implacable, Terphyx, enfocó el proyector a su pecho.

La armadura se calentó y se puso al rojo vivo en menos de un segundo. Profiriendo gritos que no temar, nada de humano, el dullou

huyó aterrado, mientras intentaba en vano quitarse aquella coraza que le quemaba vivo. El instinto de librarse de un horrible tormento no era tan fuerte como el dolor que sentía en las manos al contacto con el metal ardiente.

Mientras. Carter había conseguido derribar a su oponente con una terrible descarga eléctrica. Ya sólo quedaban dos y vieron pronto que no se sentían demasiado inclinados a pro seguir la lucha.

Al cabo de unos momentos, la pareja de supervivientes emprendió la retirada. Los caballos alados que ya no tenían jinete se marcharon también, tras una corta carrera de despegue.

Volvió el silencio. Con sus armas todavía en la mano. Carter y Terphyx se miraron, sonriéndose recíprocamente. —Ha salido mejor de lo que esperábamos —dijo ella. —Pero ¿hemos acabado con tus enemigos? Terphyx hizo un gesto negativo.

—Tendré enemigos mientras viva Borkos —contestó.

CAPÍTULO IV

—Esto me parece inconcebible —dijo Carter, cuando ya les faltaban pocos minutos para alcanzar el vuelo— Estamos en Skirron, un mundo de características muy semejantes a la Tierra. Tiene un sol, un par de satélites, una atmosfera perfectamente respirable, hay agua en muchos sitios y está habitado. Pero no creo que todos sus habitantes sean tus enemigos.

—Ciertamente, no lo son —convino Terphyx— Sin embargo, Borkos es, por ahora, el más fuerte y el que posee mejores armas y los guerreros más audaces s valerosos. Naturalmente, yo me encuentro en desventaja, Ya hubo una batalla entre nuestras respectivas fuerzas, pero mis fieles fueron derrotados y prácticamente exterminados

—Borkos, naturalmente, quedó dueño del campo y de Skirron.

—Sí, así es, en efecto —admitió ella con un hondo suspiro.

—Skirron no está ni de lejos tan densamente habitado como la Tierra —dijo él—. El dominio del planeta resulta así, evidentemente mucho más fácil. Pero ¿no te queda nadie que pueda considerarse tu amigo?

—Hay posibilidad, Keith —respondió la joven

—Dime, por favor.

—Los brihelt, la tribu de cazadores que vive hacia el norte. Fueron grandes amigos de mi padre, aunque siempre se mostraron neutrales en las luchas políticas del planeta. Son hombres duros, excelentes guerreros y hábiles con todas las armas…

— ¿Qué armas? —preguntó Carter vivamente

—Pues… arcos, flechas, trampas para cazar animales… y las lanzas barrenadoras, que arrojan hasta cien metros de distancia.

—Lanzas barrenadoras —repitió el joven.

—Sí, tienen una barrena en la punta y están provistas de unas aletas ligeramente helicoidales, que imprimen a la lanza un veloz movimiento de rotación en vuelo. Algunos animales tienen la piel muy dura y esas lanzas la perforan sin dificultad.

—Entiendo. Terphyx. ¿Nada de armas de fuego…?

— ¿Antorchas? ¿Hogueras? Oh, no, en absoluto.

Carter se dio una palmada en la frente. «Pobre chica, no sabe siquiera lo que es una pistola o un rifle», pensó. En cuanto a pistolas lanzarrayos o de láser, no había siquiera que soñar en ellas.

—Está bien —dijo—. Si consigues que los cazadores nos ayuden, quizá podríamos derrotar a Borkos.

—No lo garantizo. Keith —contestó ella—. Además son relativamente pocos en comparación con las numerosas tropas de Borkos.

— Un cazador está acostumbrado a acechar a su presa. Se mueve silenciosamente en la oscuridad y puede actuar en completo silencio. De este modo se conseguiría el efecto sorpresa...

—Podría resultar, aunque lo dudo. Skirronia está muy bien defendida. Quien tenga la capital, tendrá el planeta... siempre que consiga salvar las murallas que la rodean.

— ¿Murallas? —repitió él, atónito.

—Sí, un cinturón de muros que miden cuarenta y cinco metros de altura por quince de grosor en su base. El coronamiento de la muralla tiene doce metros de anchura y hay en ellas numerosas máquinas de guerra, cuya sola visión disuade al posible atacante. La longitud total del cinturón de muralla es de casi cuatro kilómetros y sólo cuenta con dos puertas de metal macizo, que se deslizan sobre rieles cuando son abiertas o deben cerrarse...

Carter se quedó atónito al oír la descripción que Terph Carter se quedó atónito al oír la descripción que Terphyx le hacía de la capital del planeta. Si era cierto, Skirronia resultaba totalmente invulnerable.

—Pero se la puede atacar desde el aire —exclamó repentinamente.

— ¿Con qué naves? —dijo ella—. Apenas si había una veintena y todas, menos la mía, quedaron en poder de Borkos. Sólo muy recientemente se había iniciado la construcción de estos aparatos, debidos al ingenio de un gran amigo de mi padre, que ahora está en poder de Borkos y forzado a trabajar para él.

—Ese científico podría negarse...

—Su mujer y sus dos hijos son rehenes de Borkos. Carter hizo una mueca.

—Ese Borkos no se pierde una —comentó amargamente—. Bueno, creo que la nave está ya lista para el despegue. Vamos a ver a tus amigos los... ¿cómo has dicho que se llaman?

—Los brihelt. Puedes llamarlos simplemente cazadores.

—Sí, resultará más sencillo. Conoces la ruta, supongo.

—Por supuesto.

Carter señaló el cuadro de mandos con una mano. —Entonces, ¡adelante!

La nave despegó a los pocos minutos. Cuatro cadáveres quedaban calcinándose al sol.

Mientras volaban a cierta altura del suelo, Carter se preguntó a qué extraño mundo había ido a parar. No se preguntó cómo había llegado, porque sabía que, quizá, jamás llegaría a comprenderlo. Lo único que quería entender ciertos hechos que le parecían absurdamente incongruentes. Habían construido ya naves capaces de viajar por el espacio y sin embargo, desconocían la elementalidad de la pólvora.

Las armas eran naturales: hachas, espadas, lanzas… aun que habían sido lo suficientemente hábiles para domesticar aquellos extraños cuadrúpedos alados. Pero muy pronto se dijo que no necesariamente toda civilización inteligente había de pasar por los mismos estadios técnicos que la terrestre

—Aunque sí parece que el sentimiento de agresión hacia el semejante es algo innato en todo ser humano —murmuró.

No, no existían muchos arcaicos, ni paraísos terrenales donde los hombres pudieran vivir en una paz idílica Amigamente, reconoció que el hombre no era sino un animal con inteligencia y que su estado natural eran los conflictos con sus vecinos y semejantes, sin importar demasiado los motivos.

«Se podía alegar causas políticas», pensó, pero, en el fondo, si el león o el tigre mataban para comer, los humanos guerreaban por el ansia, quizá instintiva, de vivir mejor. Más ropas, más lujos, mayores comodidades… y tal vez mujeres más bellas, remató así sus poco consoladoras reflexiones.

* * *

Cuatro horas después de haber emprendido el vuelo, Terphyx

señaló con la mano una altísima cordillera que cerraba el horizonte.

—Allí viven los cazadores —dijo.

— ¿En las montañas?

—No exactamente, aunque tampoco en los llanos. Pero muy pronto podrás verlo con tus propios ojos.

Terphyx pilotó el aparato con singular destreza. Poco des pues, lo hizo perder altura.

Hacía ya mucho rato que volaban sobre los suelos cubiertos de verdor y en los que abundaban las corrientes de agua. Poco a poco, la llanura dejó paso a terrenos más accidentados. A las suaves colinas inmediatas a la planicie, sucedieron os primeros contrafuertes montañosos.

Arriba, en las cumbres, centelleaban las nubes que Carter estimó eternas y a una cota no inferior a los catorce mil metros. El espectáculo, de una salvaje grandiosidad, realmente indescriptible, le dejó anonadado. En Skirron, el Everest terrestre habría parecido un simple cerro sin apenas relieve.

La cadena montañosa se extendía a cientos de kilómetros en ambos sentidos. Carter se preguntó si tendrían que atravesarla en vuelo, pero, casi en el acto, la nave enfiló hacia ir enorme paredón rocoso, de no menos de mil metros de altura, un gigantesco corte a cincel en la cordillera, que tenía una longitud de una decena de kilómetros.

Por un segundo. Carter creyó que iban a estrellarse contra el muro de roca viva. Luego, de pronto, vio que se abría ante ellos un angosto paso, un profundo desfiladero cuya anchura máxima no sobrepasaba los cincuenta metros.

Por el fondo, en una cascada de centenares de escalones, corría un tumultuoso torrente, de aguas espumeantes. Había fuertes corrientes de aire y Carter se dio cuenta en seguida de que Terphyx se había visto obligada a reducir la \elocidad

velocidad, a fin de prevenir posibles accidentes.

Abajo, a poca distancia de las aguas turbulentas, vio una especie de corredor artificial, hecho de troncos hincados en la pared, y con una barandilla protectora. El corredor seguía puntualmente el trazado de

la cascada múltiple y Carter entendió que era el camino construido por el pueblo de los cazadores para acceder a las llanuras, doñee, seguramente, conseguirían sus presas.

No había escaleras en aquel corredor, sino rampas suaves, que permitían el movimiento de vehículos que, supuso, serían de tracción animal. Como fuese, era una obra talmente sólida y que ofrecía señales de un cuidado constante, sin que se advirtiera el menor fallo en su estructura.

A los mil metros, el desfiladero se ensancho bruscamente y un hermoso valle apareció ante los ojos del joven. A lo lejos se veía un poblado formado por numerosas construcciones mixtas de piedra y madera.

—Ahí viven los brihelt —exclamó Terphyx satisfecha.

Sin saber por qué. Carter se sintió repentinamente aprensivo.

Debía de haber un par de millares de casas, repartidas en una extensa superficie y a ambos lados del no que bajaba de las altas montañas y que en aquellos parajes corría con relativa mansedumbre, cruzado por varios puentes de madera, rústicos pero sólidos. Había allí algo que no parecía encajar con la belleza del paisaje.

Y, de pronto, creyó haber hallado la solución

Sintió que perdía el aliento. Los habitantes de Skirron, en el fondo, tenían las mismas necesidades que los terrestres. Un pueblo de cazadores se alimentaba principalmente de la carne de sus víctimas que consideraba comestibles.

Tendrían que cocer, asar o guisar la carne, aparte del fuego que necesitarían para el proceso de secado y curtido de las pieles. Y ello significaba fuegos encendidos... ¡Pero no se veía una sola columna de humo!

* * *

Terphyx puso el pie fuera de la nave y lanzó un alarido de terror. Retrocedió precipitadamente y chocó contra Carter, al que estuvo a punto de derribar.

Desde el umbral. Carter contempló el horroroso espectáculo que ofrecía el pueblo de los cazadores.

No se advertía el menor signo de vida. Por todas partes se divisaban cuerpos tendidos e inmóviles. Y todos ellos ofrecían claras señales de violencia.

Aún no se notaba el hedor de la muerte, lo cual significaba que la batalla había tenido lugar pocas horas antes. «Debía de haber sido un combate desesperado», pensó.

Incluso los niños que podían hacerlo, se habían defendido con armas primitivas, con palos y piedras. Los atacantes habían actuado con indescriptible salvajismo, sin perdonar a nada que tuviese vida, incluso los animales domésticos habían sido sacrificados a su furia sin límites.

Carter salió de la nave. Sentada junto a la entrada, Terphyx, con el rostro oculto por las manos, sollozaba inconsolablemente.

Era mejor dejar que se desahogase por sí misma. Carter echó a andar, con la vaga esperanza de encontrar a alguien con vida y obtener así más detalles de la espantosa carnicería, que había acabado con la vida de cinco o seis mil personas.

El horror era la nota común. Por todas partes veía cuerpos destrozados, decapitados, con los miembros amputados, desventrados muchos de ellos. Ni los niños de pecho habían escapado a la muerte.

Los atacantes tampoco habían salido muy bien librados. Carter pudo encontrar cadáveres vestidos con corazas de piel y armados con unos espantosos sables de casi dos metros de largo y veinte centímetros de anchura, ligeramente curvos y con filos de navaja de afeitar.

Aquellos sables, apreció, infligían unas heridas horrendas y eran capaces de cortar a un hombre por la mitad, como si fuese un sencillo tallo de hierba. Pero los asaltantes no se habían limitado solamente a matar.

De pronto, al doblar la esquina de una casa, se encontró en una gran plaza. Allí, en el centro, vio algo que le hizo sentir náuseas.

Había unas cuarenta o cincuenta cruces, a las cuales habían sido atacadas otras tantas víctimas por las muñecas y los tobillos. Todas las víctimas, sin excepción, de ambos sexos, habían sufrido el más

horripilante tormento que se podía imaginar.

Sus cabezas estaban sujetas al madero vertical por una soga atada en torno a su frente. Antes de morir, los atacantes habían cortado, de sendos tajos, brazos y piernas, rematando su espeluznante labor con el tajo definitivo a la garganta.

Carter vio ancianos y adolescentes, mujeres y hombres, seguramente los últimos supervivientes de la matanza, capturados vivos y supliciados antes de sufrir el destino final.

— ¿Quién ha cometido una salvajada semejante? —murmuró

Al cabo de un rato, mareado y aturdido, regresó a la nave. Terphyx permanecía sentada, aunque con la cara libre. Sus ojos estaban secos.

— No hay supervivientes —informó el joven.

—Han sido ellos —murmuró Terphyx.

— ¿Quiénes?

—Los kershos. Cortadores, para que lo entiendas.

—Cortadores... de todo, supongo.

Ella asintió en silencio. Carter se sentó a su lado.

—Cuéntame cosas de los kershos, por favor —solicitó.

—Los cazadores eran un pueblo bravo e independiente, pero pacíficos con sus vecinos. Sin embargo, sabían progresar, porque vendían muy bien las pieles de los animales que capturaban. En cierta ocasión, los kershos quisieron imponerles un tributo por la fuerza, pero los cazadores les disuadieron en una batalla muy bien planeada, a base de pequeñas emboscadas, y que les causó numerosas bajas.

- Y ahora, al cabo de los años, los cortadores han encontrado la ocasión de tomarse el desquite.
- —Así parece, Keith.
- Pues... dejando aparte la sangre derramada, yo diría que han sido unos estúpidos, matando la gallina de los huevos de oro. Porque si no quedan cazadores que consigan pieles, ¿a quién demonios van a exigir tributo?

- —Oh, la noticia se extenderá y muchos pueblos se someterán voluntariamente a las exigencias de los kershos.

- Y así, ellos a vivir de los demás... De todos modos, no encuentro justificación alguna para esta matanza, salvo por un detalle.

- — ¿Cuál? Dímelo, Keith.—Quizá esperabas conseguir que los brihelt te ayudaran. ¿no?—Creo que lo habría conseguido, en efecto —admitió Terphyx.
- —Es de suponer que Borkos está bien enterado de lo que pasa en su planeta. Simplemente, ha aplicado un poco de medicina preventiva a un estado de salud perfecto.

- Y ha exterminado a todo un pueblo, para evitar que me ayudasen...

- Carter movió la mano en semicírculo.—A las pruebas me remito —contestó—. Claro está que los cortadores habrán aceptado la «invitación» de Borkos con mucho gusto, pensando en el desquite. Pero las causas no importan tanto como los resultados y éstos dicen que hay aquí unos seis mil cadáveres de cazadores, sin contar un par de cientos de cortadores. Bien, no se puede decir que el destino te ponga las cosas fáciles para recuperar tu puesto. Terphyx. ¿Se te ocurre ahora alguna solución?
- —No, Keith —contestó ella tristemente. Carter se acarició el mentón con aire pensativo. —Se me está ocurriendo una idea... —murmuró. .Sí?
- — ¿Cómo se llama el jefe de los cortadores? —Akkor. Es el más fuerte de todos...
- —Sí, parece lógico. Terphyx, los cazadores eran tus amigos. ¿No te gustaría vengar su muerte?— ¿Cómo? —preguntó la muchacha.—Aún no lo sé —suspiró él, a la vez que palmeaba el suelo de la escotilla—. Pero, afortunadamente, poseemos una nave capaz de transportarnos con gran rapidez a cualquier parte de Skirron. y esto vale más que muchos tesoros.Se puso en pie y agarró a Terphyx por un brazo—. Anda, vamos; pon la nave en marcha y ya pensaré algo mientras volamos al pueblo de los cazadores.

CAPITULO V

Durante el vuelo, a no mucha distancia de la tierra, Carter vio algo que llamó poderosamente su atención. Pidió a Terphyx que aterrizase, saltó fuera y agarró unos puñados de una sustancia que luego examinó con gran atención.Ella se sintió intrigada, aunque no le hizo preguntas. Pasado un buen rato, sin embargo, dijo:—Keith, creo que no nos conviene llegar al pueblo de los cortadores durante el día. Verían la nave y entrarían en sospechas inmediatamente.—Borkos también tiene naves —alegó él.—Cierto, pero también saben que he conseguido escapar. Si no aterrizamos, como haría algún mensajero de Borkos, recelarán de inmediato y le enviarán un despacho por radio, comunicándole la noticia.—Ah, tienen radio.—Sí, muy simple, pero con el suficiente alcance para que Borkos pueda recibir informes en el acto. — ¿Tienen radar?—No. eso queda exclusivamente para las naves.—Muy bien. Busca un sitio apropiado y aguardaremos a la noche. Quiero sobrevolar el pueblo de los kershos. a fin de darme una idea de su situación. ¿Cuántos hombres crees que pueden poner en pie de guerra?—Oh, unos cinco o seis mil... Además, tienen unas costumbres muy especiales. Las mujeres y los niños viven en un poblado aparte. Los niños no van al poblado de los guerreros, hasta los dieciséis años, a fin de entrenarse para el combate.

— ¿No hay relaciones entre hombres y mujeres? —Una vez al año. durante un par de semanas.

—Sí, claro, es preciso propagar la especie —murmuró Carter sardónicamente.Terphyx hizo descender el aparato y lo posó en el fondo de una cañada, con abundante vegetación, en donde aguardaron hasta pasada la medianoche, hora en la que calcularon estarían todos dormidos en el pueblo de los cazadores.Los tres satélites de Skirron, lunas que eran aproximadamente la cuarta parte de la terrestre, salieron sucesivamente, con un intervalo de unos treinta minutos, y se elevaron en el cielo de la noche. Parecían tres diamantes refulgiendo en el lecho de terciopelo negro, adornado con diminutas piedras preciosas, que eran las estrellas. Sin embargo, daban luz suficiente para ver los detalles a distancia.Terphyx guió el aparato hasta situarlo sobre la vertical del poblado de los guerreros. Este se hallaba situado al pie de un enorme farallón, de unos doscientos metros de altura, de cuyo centro se desplomaba una gran cascada de aguas espumosas, que luego

corría a lo largo del valle. El poblado de las mujeres se hallaba a unos dos kilómetros y medio, a un nivel superior y en que se veían algunos arroyuelos, que luego iban a unirse a la corriente principal.De pronto. Carter vio algo que le hizo sentirse enormemente sorprendido.El origen de la cascada estaba en un lado situado casi directamente sobre el pueblo. Carter calculó su extensión en unos diez kilómetros de largo por dos de ancho. Era imposible calcular su profundidad, pero indudablemente, no podía ser mucha. Sin embargo, se dijo, con que hubiese cuatro o cinco metros, resultaría más que suficiente.En realidad, era una enorme presa, debida a un extraño capricho de la naturaleza. Tal vez un antiguo cráter volcánico, una de cuyas paredes había cedido en aquella profunda falla. Los movimientos geológicos habrían tenido que ver muda falla. «Los movimientos geológicos habían tenido mucho que ver con el fenómeno», se dijo.— Terphyx, supongo que no te importaría aplazar tu venganza cosa de un mes —dijo de pronto.Ella le miró sorprendida.— ¿Qué te propones? —inquirió.—Hacer vida de búho —contestó él.— ¿Búho? No entiendo.—Sí, mujer; trabajar de noche y dormir de día.— ¿Esperas conseguir algún resultado?—No te puedes imaginar siquiera; pero una cosa es segura; cuando hayamos terminado con los kershos, tu reputación habrá alcanzado límites inimaginables. Y eso es lo que necesitas: reputación, además de derechos legales a tu puesto.—Creo que comprendo —sonrió Terphyx.—Lo celebro. Anda, da media vuelta: ya te indicaré el lugar donde debes tomar tierra.

-
- * * *
-
- Trabajaron activamente durante un mes. La sustancia que Carter había encontrado en el vuelo hacia el pueblo de los cortadores era salitre. Halló también azufre y cortó y convirtió en carbón vegetal dos docenas de gruesos troncos de árbol.Cuando terminó la tarea, infatigablemente ayudado por la muchacha, se dedicó a preparar la arcilla y a cocer los recipientes que habrían de contener la sustancia que había elaborado durante aquellas semanas. Al final de la segunda etapa, disponía de doce barriles con paredes de unos diez centímetros de grosor y cabida para unos cincuenta litros de agua. Teniendo en cuenta la diferencia de densidades, el peso de la sustancia se elevaba a unos ciento cuarenta kilos por barril.Después, fabricó y preparó mechas suficientes, dedicando varias noches a estudiar los tiempos de combustión. El tiempo, pese a sus esfuerzos, se alargó más de lo calculado y pasaron

seis semanas en total, antes de que Carter se sintiese dispuesto a ejecutar el plan ideado.—Mañana es el gran día —exclamó, cuando estuvo todo listo—. Perdón, quise decir la gran noche.—¿Dará resultado? —preguntó ella, dubitativa.—No lo dudes en absoluto.—Nunca he visto los efectos de ese polvo negro... ¿Cómo lo llamáis en la Tierra?—A veces, pienso que habría sido mejor que no se hubiera inventado —contestó el joven—. Los chinos lo inventaron para su diversión, pero los terrestres somos una raza especial. No hay descubrimiento benéfico que no acabe siendo utilizado con fines bélicos. En fin, filosofías aparte, que no tienen lugar de ser, porque se trata del más simple dilema que siempre se le ha presentado al hombre: sobrevivir... Bien, el nombre de esa sustancia es pólvora. —Aquí no se conoce —dijo ella.—Algún día, quizá, no me elevarán un monumento, sino que me quemarán en efigie —dijo Carter irónicamente—. Pero cuando uno piensa en el pueblo de los cazadores...Aquellas imágenes no se borrarían de su memoria mientras viviesen, se dijo. Los culpables tenían que pagar aquel crimen.

•

• * * *

•

• Los barriles quedaron en el fondo de una oquedad, hallada durante los vuelos nocturnos de exploración y que Carter había ensanchado a fin de que tuviese la capacidad suficiente. Estaba a cinco o seis metros del borde y a unos quince de la cascada. Actuando constantemente durante la noche y puesto que los cortadores no sospechaban siquiera su presencia en las inmediaciones del poblado, habían podido realizar su labor sin el menor impedimento.Tenía que encender doce mechas, cada una de la suficiente longitud para que la deflagración se produjese simultáneamente. Terphyx le llevó en el aparato hasta situarlo sobre la cueva y él descendió mediante una eslinga cuyo molinete manejaba también la muchacha.Provisto de un palo seco, cuya extremidad había sido convertida en brasa, prendió fuego a las mechas, empezando por la más larga, lógicamente. Al terminar, salió de la cueva y metió el pie en el estribo de la eslinga.El aparato se alejó rápidamente. Situados a unos mil metros, aguardaron expectantes el momento decisivo.Transcurrieron escasamente cinco minutos. De pronto, se vio brillar un monstruoso relámpago rojo amarillento en el costado superior del paredón.«Ni diez mil cañones habrían causado un ruido semejante», pensó Carter, al percibir el ruido de la explosión, pese al aislamiento de las paredes de la nave. Gigantescos trozos de roca fueron despedidos al aire como

simples ladrillos.La tierra trepidó con violencia. Desde la altura, vieron salir a los cortadores de sus chozas de madera y paja, intrigados por aquel horrible estampido, de cuyo origen no tenían la menor ideaRepentinamente, se oyó un atronador rugido.La pared superior del farallón cedió de golpe en una extensión de más de cincuenta metros. Una colosal catarata de líquido se precipitó de golpe por el boquete.Se oyeron gritos de terror. Millones de toneladas de agua se abalanzaron sobre el poblado de los guerreros, arrasándolo en cuestión de segundos. Gracias a la luz de las tres lunas, Carter pudo ver a algunos cortadores que escapaban a toda velocidad, huyendo despavoridos de aquella gigantesca ola que barría todo lo que se encontraba a su paso.La presión de las aguas hizo ceder más trozos del muro y el boquete se hizo más ancho y más profundo. Carter supo así que el lago tenía unos veinte metros desde la superficie al fondo. La brecha superó los cien metros de largo por unos dieciocho de profundidad.Había unos cuatrocientos millones de metros cúbicos de agua, que se desparramarían en menos de una hora, estimó. Los cortadores no iban a repetir sus sangrientas hazañas en mucho tiempo.—Pero aún no hemos terminado —dijo de pronto.— ¿Qué falta? —preguntó Terphyx, sorprendida.—Saben lo que ha pasado, pero ignoran a qué se debe. Mañana, de día. les haremos conocer la verdad de lo ocurrido y quién lo ha hecho —contestó él firmemente.

* * *

El aspecto del valle era desolador. El poblado de los guerreros había desaparecido como si jamás hubiera existido. Todavía continuaba el desagüe del lago, pero la cantidad de agua que caía por la brecha era, incluso, inferior a la de la cascada primitiva. Las mujeres habían descendido de su poblado y gemían y lloraban la ausencia de los hombres. Cuando el aparato descendía de las alturas. Carter, sin embargo, pudo apreciar que algunos guerreros habían sido lo suficientemente afortunados como para escapar con vida.

—Tienen que saberlo —murmuró—. Que todos se enteren de la verdad.En el fondo «publicidad», pensó, sin embargo, también Borkos la hacía a su modo, pero en sentido contrario a toda justicia y a toda ética. Era la propaganda a favor de la ley del más fuerte.Los pocos guerreros supervivientes contemplaron con curiosidad a la pareja que acababa de desembarcar del vehículo aéreo. Carter dio dos pasos hacia delante.— ¿Dónde está vuestro jefe? —exclamó.—Aquí —contestó un sujeto

gigantesco, de casi dos metros y cuarto de altura y con un peso superior a los ciento cincuenta kilos. Se golpeó el pecho de barril con un puño y añadió—: Yo soy Akkor, jefe del pueblo de los cortadores. ¿Qué quieres de mi, repugnante individuo, saco de basura, podredumbre andante? ¡Contéstame, pronto, o te juro que te dividiré en dos con mi sable, de la cabeza a la entrepierna! ¡Habla, miserable!El joven no se dejó intimidar por el tono deliberadamente amedrentador del gigantesco individuo. Sin volver la cabeza, dijo entre dientes:— ¿Es él, Terphyx?—Sí —contestó la muchacha a media voz.

- —Gracias —Carter elevó el tono—. Escúchame bien, cerdo con dos patas, acumulador de pústulas y almacén de todas las enfermedades, y presta atención a lo que vas a escuchar. Yo, Keith Carter, comandante en jefe de los ejércitos de la hkaddor Terphyx, aquí presente, te ordeno presentes tus disculpas por el exterminio del pueblo de los cazadores. Y si quieres conseguir su real perdón, tendrás que tenderte a sus pies y dejar que ella ponga el derecho sobre tu cabeza. Además, tendrás que jurarle sumisión y obediencia eterna y abstenerte de cumplir ninguna orden de Borkos. Yo, Keith Carter, he hablado en nombre de Terphyx —concluyó el joven con acento lleno de pomposidad.
- Akkor no se dejó impresionar por aquellas palabras. Puso las manos en las caderas y lanzó una estridente risotada.—¿Habéis oído, amigos? Este insignificante mequetrefe pretende que yo me declare servidor de esa zorra sin seso que tiene detrás de él. Bien, ahora voy a darle mi respuesta a él, partiéndole en dos de un solo golpe. En cuanto a esa estúpida que se proclama hkaddor de Skirron, me la llevaré a mi cabaña para que conozca la virilidad de un jefe de cortadores. ¡Vamos, amigos, mi sable, pronto!Carter sonrió, porque pensaba que el estúpido Akkor había optado por la solución menos sensata. Quería dar un ejemplo a su pueblo y no sabía que él era, precisamente, quien iba a servir de ejemplo a los kershos supervivientes y a sus mujeres.

CAPÍTULO VI

- —El combate será muy desigual —susurró Terphyx. llena de aprensiones.Carter movió ligeramente una mano.
- —Tráeme el látigo de fuego —ordenó en voz alta.
- Akkor levantó sus peludas cejas.— ¿Un látigo de fuego? ¿No querrás decir mejor una simple antorcha? Y, ¿piensas acaso que unas simples llamitas me van a asustar?—Eso lo veremos en seguida —contestó Carter sin inmutarse.Era absurdo pedir un

sable para combatir con Akkor en igualdad de condiciones. Ni era esgrimista, ni su potencia muscular, aun no siendo escasa, podía compararse en modo alguno con el gigante.Además, le convenía terminar el duelo cuanto antes y, sobre todo, de una forma espectacular. Akkor sería el sujeto práctico de la lección que los demás kershos, de ambos sexos, debían aprender de manera inolvidable.Alguien trajo un sable y Akkor hizo unos cuantos molinetes con el acero, obteniendo unos silbidos aterradores. Terphyx salió corriendo en aquel momento, con el cable en las manos.—Aquí tienes, Keith —murmuró.Carter elevó la mano izquierda.—Antes de acabar contigo, Akkor, quiero que sepas una cosa. Todos debéis saberlo —añadió— ¿Pensáis acaso que la catástrofe de la noche pasada se debe a causas naturales? Pues no es así: lo hice yo, con un látigo de fuego, infinitamente mayor que el que voy a usar ahora. Para un ser insignificante como Akkor, es suficiente un pequeño látigo, como éste que tengo en las manos.Akkor le miró con desconfianza, de repente, lanzó un aullido:— ¡Basta de palabrerías! ¡Defiéndete, si sabes! Empuñó el sable con ambas manos y se dispuso a descargar uno de sus temibles tajos. En el mismo instante, el cable serpenteó en el aire.El extremo sin aislamiento azotó el sable. Inmediatamente se produjo un vivísimo chispazo blancoazulado, a la vez que se percibía un sonoro chasquido.El sable voló por los aires convertido en una hoja de metal que apenas si conservaba su primitiva forma. Akkor permaneció erguido, con la sorpresa retratada en su salvaje rostro.Los demás cortadores no se sentían menos asombrados. De pronto. Akkor adelantó la mano derecha.Carter le golpeó de nuevo, aunque se dio cuenta de que ya no era necesario otro latigazo. El además de Akkor era, simplemente, un movimiento reflejo.Estaba ya muerto desde el primer contacto. Sin un solo gemido, se venció hacia delante y quedó inmóvil, en medio de el asombro y el estupor de todos los espectadores.Carter no dejó que el ambiente se enfriase y exclamó:— ¡Todos vosotros —se dirigió a los hombres —, ahora mismo, tendidos ante Terphyx! Obedeced inmediatamente o moriréis por mi látigo de fuego.Esta vez, no hubo objeción. Uno a uno, los cortadores se acercaron a la muchacha y, tendiéndose en el suelo dejaron que ella les pusiera el pie sobre la cabeza, en señal de sumisión.— ¡Ahora, diez mujeres, en representación de las demás! —exigió Carter truculentamente.Diez hembras repitieron la operación. Cuando hubo terminado. Carter levantó el índice y dijo:— Ya habéis comprobado el inmenso poder de Terphyx, que yo he utilizado por su mandato. A partir de ahora, sólo obedeceréis sus órdenes

y no acataréis ninguna de Borkos. En caso contrario, os destruiremos totalmente, como vosotros habéis hecho con los cazadores de Kryon. Terphyx es generosa y quiere amigos más que súbditos, y quiere gentes que pueblen el planeta y vivan en paz. Vosotras, las mujeres, seréis las encargadas de propagar la especie de los cortadores, merced a los pocos hombres que han sobrevivido. Terphyx quiere que vuestro noble pueblo, mal aconsejado y peor guiado, vuelva a resurgir para la prosperidad de Skirron. Eso es todo.Majestuosamente en medio de un completo silencio, Keith Carter dio media vuelta y entró en la nave, que despegó a los pocos minutos, alejándose a toda velocidad de aquel lugar.

-
- * * *
-
- —Has estado magnifico —dijo Terphyx—. Fue un discurso realmente digno del mejor estadista, duro, pero conciliador al mismo tiempo.—Sí, el palo y la zanahoria para hacer andar al asno —rió el joven, muy entretenido en asar la pieza capturada momentos antes y muy parecida a un conejo terrestre—. Claro que, a fin de cuentas, es lo que necesitaban esos salvajes.—A todos nos falta educación —suspiró ella—. Si la tuviéramos, seriamos muy distintos en Skirron.— ¿También a ti te gusta la guerra por el placer de la guerra?—Oh, no, hablaba de una forma genérica. Pero cuando parecía que íbamos a entrar en una era de paz y prosperidad, surgió el ambicioso sin escrúpulos y echó todo a perder.—Te refieres a Borkos, sin duda.—Exactamente.— ¿Qué era Borkos antes de convertirse en hkaddor?—Un simple amanuense, pero muy ambicioso y sin escrúpulos. Falseó cuentas, consiguió dinero, sobornó voluntades y, al fin, se hizo con el control de la guardia de mi padre. El resto resultó sencillo.—Sí, consiguió el dominio de los principales resortes del poder —admitió el joven—. Pero aunque hemos obtenido una cierta ventaja, con la acción de esta mañana, sobre todo a efectos propagandísticos, necesitamos todavía asestar golpes más fuertes, que empiecen a hacer mella no sólo en los neutrales, sino en los afectos a Borkos. — ¿A qué te refieres, Keith?—Perdona antes una pregunta... ¿Qué fue de tu padre, Terphyx?La tristeza apareció de inmediato en el rostro de la muchacha.—Borkos lo hizo estrangular secretamente. Luego quiso casarse con mi madre para legalizar su situación. —¿Lo consiguió?—Ella accedió, aparentemente, y le pidió diera un banquete para celebrar el compromiso. A la hora de los brindis se clavó un puñal en el pecho, a la vista de todos los

presentes.

• Carter respingó.—Podía habérselo clavado a Borkos...

• —Sabía que era imposible. Borkos lleva constantemente una protección especial. No sé cuál es, pero lo hace invulnerable a toda clase de armas. Además, mi madre no vivía ya: era una muerta viviente, desde la ejecución de mi padre.

• La mano del joven se posó sobre el brazo de Terphyx.—Los vengaremos, no te preocupes —dijo.

• El asado exhalaba un olor delicioso, y, pese a los problemas que ocupaban de continuo sus mentes, comieron con excelente apetito. Al terminar. Carter se tendió en el suelo y puso las manos bajo la cabeza.—Voy a tirarme aquí unos cuantos días de vacaciones —anunció—. Sin hacer nada, holgazaneando las veinticuatro horas del día y, francamente, descansando, que buena falta me hace.

• — ¿Y después? —sonrió la muchacha. Los ojos de Carter se cerraron lentamente.

• Después... pensaré en algo... pero ahora... no tengo prisa... hay tiempo... de... so... bra...

• La voz de Carter se convirtió en un murmullo, prontamente extinguido.Terphyx sonrió con dulzura. Sí; el joven estaba realmente fatigado; había trabajado de firme durante muchas semanas y necesitaba un buen descanso.

• Yo velaré tu sueño —murmuró, a la vez que se inclinaba para rozar la frente de Carter con sus labios.

•

• * * *

•

• —He estado pensando mucho y no encuentro más que una solución —dijo Carter, pasados algunos días, mientras se entretenía lanzando piedrecitas al remanso junto al cual había establecido su campamento.— ¿Cuál es la solución, Keith? —preguntó ella.—Guerra total.Terphyx dio un respingo.—Eso son palabras mayores —alegó.—Lo son, pero cuando un tirano gobierna ilegítimamente y oprime al pueblo, está justificado que se luche contra él por todos los medios.—Keith, tú dijiste a Akkor que eras el jefe de mis ejércitos, pero, aparte de ti. no dispongo de un solo soldado.Carter disparó otra piedra al remanso y lanzó una interjección.

• —Esa trucha es menos astuta de lo que se cree —musitó.— ¿Trucha?

- Bueno, un pez muy parecido a las truchas terrestres. Es la tercera vez que asoma por el mismo sitio, y piensa que se está burlando de mí, pero como no varíe su táctica, está perdida.Esta vez. Carter agarró una piedra mayor y aguardó, con la respiración en suspenso.Las aguas eran muy transparentes y el cuerpo plateado del pez se movió velozmente hacia la superficie. Asomó medio cuerpo, y en aquel instante, llegó la piedra que le dio de lleno en la cabeza.Carter lanzó un grito de alegría y se arrojó al remanso. Instantes después, volvía con el pez en las manos.—Pescar a pedradas —exclamó jubilosamente —. Esto no se había visto nunca...De pronto, se calló y se puso serio.—Pedradas... piedras... —murmuró tras una corta pausa—. Las murallas de Skirronia están hechas de piedra, supongo.—Sí, claro —contestó Terphyx, que no sabía adónde quería ir a parar el joven.—Podríamos derribarlas —continuó Carter—. Una buena brecha en el muro serviría para que las tropas atacantes asaltasen la capital. Los defensores, lógicamente, se sentirían desmoralizados...—Las murallas son absolutamente invulnerables. Keith —dijo ella.
- —Fueron construidas por la mano del hombre, ¿no? —Cierto.
- —Todo lo que el hombre construye, se puede destruir —dijo Carter sentenciosamente—. Pero nos falta lo principal.— ¿A qué llamas tú lo principal? —inquirió Terphyx.—Hombres, un ejército numeroso y disciplinado, pero más lo segundo que lo primero. Yo podría, tal vez, penetrar en Skirronia y dar muerte a Borkos, pero me temo que eso no serviría de gran cosa. Tendrá, seguramente, un estado mayor, que continuará su obra... Es un cuerpo con muchas cabezas, tenemos que cortarlas todas y nos faltan manos para la obra.—La verdad, no sé qué solución darte...—Terphyx. tú conoces Skirron. ¿No hay más pueblos que quieran luchar contra Borkos?Ella se mordió los labios.—Tal vez los griqs —contestó.— ¿Quiénes son ésos?—Vosotros los llamaríais pigmeos. Son numerosísimos y muy belicosos, especialmente en defensa de su territorio. Pero no creo que quieran ayudarme.— ¿Por qué?—Soy la hija del hombre que les ofendió una vez gravemente y que nunca quiso ofrecerles disculpas —respondió Terphyx.
- —Los hijos no son nunca responsables de las acciones de sus padres —dijo Carter sentenciosamente. — Pero pagan las consecuencias. —También reciben los beneficios. Terphyx sonrió.—Todo eso es muy cierto, pero, con sinceridad, no creo que los griqs quieran ayudarme a recuperar el puesto de hkaddor.

- —Aún no lo sabes con seguridad, puesto que no los has consultado. Opino que deberíamos viajar hasta... bueno, donde vivan esos pigmeos; después, podremos saber con certeza si están dispuestos o no a ayudarnos.— Muy bien, de acuerdo. Al menos lo intentaremos. ¿Cuándo, Keith?— ¿Qué distancia hay de aquí al pueblo de los griqs? —quiso saber Carter.—Unos mil quinientos kilómetros. Podemos llegar con rapidez; todo depende de la velocidad del aparato.—Debemos emprender el viaje mañana, a primera hora. Ha pasado ya el mediodía y es mejor que lleguemos con toda la jornada por delante, tanto para marcharnos con el rabo entre las piernas, como para discutir el posible plan de ataque a Skirronia, caso de que los griqs acepten ayudarte.—De acuerdo. Si te parece, iré a preparar el almuerzo. —Terphyx sonrió a la vez que hacia un ademán—. No. no te molestes; tú necesitas descansar; has trabajado demasiado estos días.La muchacha se incorporó y caminó con gracia singular en los alrededores del campamento. Tendido a la sombra de un árbol. Carter, con los ojos entornados, contempló los movimientos de Terphyx, admirándose una vez más de lo que le estaba sucediendo.Todo parecía tan real... Pero, en el fondo, estaba seguro de que se trataba de un sueño. Cuando menos lo esperase, despertaría y se encontraría solo, sin la compañía de aquella hermosa joven, por cuyos derechos estaba luchando con riesgo de su vida.«Pero, aunque sea realidad, siempre es mejor que manejar una excavadora», se dijo.En cuanto a Terphyx, no debía hacerse ilusiones. Era una mujer de noble estirpe y algún día encontraría al hombre adecuado, de alto rango, que se sentaría a su lado en el trono de los hkaddor en Skirron. Le otorgaría alguna recompensa, por supuesto, pero en otros aspectos, no valía la pena abrigar esperanzas de algo que no podía suceder jamás.De repente, vio que la muchacha se erguía bruscamente y, con la mano sobre los ojos, a modo de pantalla, miraba en determinada dirección. Luego. Terphyx echó a correr hacia la nave, a la vez que lanzaba un penetrante grito de aviso: — ¡Keith! ¡Vienen las erswas!Carter se puso en pie de un salto. — ¿Qué son erswas, Terphyx? —preguntó.—Mujeres guerreras, terriblemente feroces...—Ah, amazonas —sonrió el joven—. Bueno, usaremos el látigo de fuego...Pero Carter no tuvo tiempo de dar un paso hacia la nave. En el mismo instante, alguien cayó sobre él y lo derribó al suelo con un tremendo golpe, haciéndole perder el conocimiento.
-
- ## CAPÍTULO VII

- Cuando despertó, se encontró tendido en un lugar de suelo duro, pero que se movía ligeramente. El dolor del cráneo le hacía sentirse todavía aturdido y pasó unos minutos con los ojos cerrados, hasta que se atrevió a abrirlos para ver dónde se hallaba.Lo primero que contempló fueron unas robustas piernas, que supo en seguida eran de mujer. Ella estaba erguida, con los pies ligeramente separados, manejando lo que parecían unas riendas, debajo de un toldo de enormes dimensiones, que se agitaba con suavidad a impulsos de una brisa bastante fuerte.La mujer era muy alta y fornida, aunque su cuerpo no carecía de esbeltez. Carter pudo apreciar que iba vestida con un sencillo taparrabos de pieles, muy corto, sin otra prenda encima, salvo algo que parecían unos mocasines, también de piel.En torno a la cintura llevaba un cinturón del que pendían una espada y un puñal. El pelo, apreció, era oscuro, aunque no negro del todo. Debía de tener unos veinticinco años y ofrecía el aspecto de una mujer plenamente desarrollada.Ella tenía en las manos lo que parecían unas riendas. De pronto, se dio cuenta de que el joven se había despertado y plantó un pie en su pecho.—Quieto ahí, no te muevas —ordenó.— ¿Quién eres? —preguntó él—. ¿Qué pretendes de mí?Sonó una fuerte risotada.—No tardarás mucho en saberlo —contestó—. A propósito, y puesto que lo ignoras, te diré que soy Ghenka, jefa de las erswas. Tú eres mi prisionero, ¿entiendes?—Puedo apreciarlo a simple vista, pero ¿qué ha sido de la otra chica?
- —Necesitamos esclavas. Trabajará para nosotras... —¿Sabes siquiera quién es?
- —Sí, claro, pero no me importa en absoluto. No tenemos nada que agradecer a ningún hkaddor, ni al actual, ni al padre de esa estúpida. Si ella ha perdido su puesto, que se fastidie y que apechugue con las consecuencias.—Entonces, no la vais a matar.— ¿Para qué? Nos privaríamos de dos manos que necesitamos para ciertas labores que nosotras no solemos realizar: acarrear agua, guisar... En fin, las cosas que hace una esclava.— Una criada —puntualizó Carter.—Llámalo como quieras —respondió Ghenka—. A propósito, no conozco tu nombre.—Keith. ¿Qué piensas hacer conmigo, Ghenka?Ella le dirigió una oblicua mirada. Luego hizo un leve gesto.—Ponte en pie —ordenó.El joven obedeció, agarrándose con ambas manos a algo que parecía una barandilla protectora de la plataforma en que se hallaba. Entonces, miró fuera del borde y casi estuvo a punto de caerse al suelo, a causa de la impresión recibida.El toldo que tenían sobre sus cabezas no era sino un ala delta, una especie de cometa, de la que pendía la barquilla en la que

viajaba con Ghenka. Pero el artefacto no disponía de un motor que accionase una hélice sino que, simplemente, era tirado por una docena de animales que galopaban a una velocidad no inferior a los ochenta o noventa kilómetros por hora.Unos bien estudiados arneses permitían el remolque de la cometa, que se desplazaba a unos cincuenta o sesenta metros del suelo. Ghenka tenía en las manos unas riendas que, supuso, iban al animal de la cabeza del tiro.Las bestias eran como perros terrestres, pero grandes como terneros y parecían estar dotadas de una fortaleza inagotable, puesto que, calculó, que llevaban cabalgando con aquel ritmo una hora o más. Aferrado a los bordes de la barquilla con ambas manos. Carter pudo ver cuatro o cinco cometas más, todas ellas pilotadas por sendas mujeres, de la edad aproximada de su captora.Ghenka le observaba con interesada curiosidad. De pronto, lanzó una carcajada.—Sí, creo que servirás —dijo al cabo.— ¿Para qué? —preguntó el joven, lleno de curiosidad.—Ha llegado mi momento. Debo tener mi primer hijo —respondió Ghenka con toda naturalidad.

* * *

Los animales de tiro aflojaron la marcha y la cometa empezó a perder altura suavemente. Carter supuso que era así como las erswas les habían sorprendido. La cometa era silenciosa y las bestias que la remolcaban, o estaban entrenadas para no emitir ningún sonido o eran mudas por naturaleza.El pueblo de las erswas, no podía negarse, tenía cierta belleza. Las casas, de ligera construcción, principalmente de madera, eran de una sola planta y estaban situadas en distintos planos, en una suave ladera, pero con notable regularidad, con calles bien trazadas y espacio suficiente para que no hubiera agobios ni dificultades en los desplazamientos.Cuando la barquilla se posó en tierra, varios hombres acudieron a la carrera. Salvo un trozo de tela a la cintura, iban desnudos. Todos ellos tenían una argolla de metal en el tobillo izquierdo. Carter supuso que era el símbolo de la esclavitud a la que habían sido sometidos por las amazonas voladoras.Por todas partes se veían cometas que volaban en todas direcciones. Carter divisó lo que parecía un escuadrón de ataque, en perfecta formación, lanzándose contra un enemigo supuesto. Eran unas treinta cometas y la habilidad de las mujeres que las pilotaban parecía insuperable.«Deben de estar entrenándose para la guerra», pensó.De pronto, vio a Terphyx, sujeta por la mano de una erswa. La muchacha le dirigió una mirada de súplica.Carter contestó con un gesto de

ánimo. »No temas, yo te sacaré de aquí», le dijo en silencio.—Ven, vamos a mi casa —dijo Ghenka, a la vez que le tocaba en un hombro.Carter pensó que lo mejor era seguir la corriente a aquella robusta joven que, pese a todo, poseía cierta hermosura que la hacía muy atractiva. Era la belleza de lo salvaje, se dijo.Habían muchas erswas, que, sin embargo, llevaban el pecho cubierto. Carter le preguntó por qué ella tenía los senos al aire.—Todavía no he dado un hijo a mi pueblo. Cuando una erswa tiene un hijo, ya puede cubrirse el pecho —contestó Ghenka.—Sin embargo, me pareces bastante crecidita. ¿No debías haber tenido el niño muchos años antes?—No se puede concebir, sin antes haber pasado una época de combatiente y cazadora —explicó la amazona—. A partir de ahora, yo me dedicaré al gobierno de mi pueblo y a entrenar a las solteras, hasta que les llegue el momento de ser madres.—Has dicho que también eres cazadora... ¿de hombres?—De hombres y de animales para comida. Mira, ya hemos llegado a mi casa.Ghenka le empujó a través de una puerta y Carter se encontró en una amplia habitación, con la mayor parte del suelo cubierto de espesas pieles, de pelo infinitamente suave. En un ángulo de la estancia, había una gran chimenea de piedra, en la que ardía un alegre fuego.Una mujer estaba junto a la chimenea y se puso en pie al verlos llegar.—Tienes la comida preparada, señora —informó.—Gracias, puedes retirarte —ordenó Ghenka con indiferencia.La mujer, todavía joven y atractiva, hizo una inclinación y se marchó. En el tobillo izquierdo se veía la argolla símbolo de su estado. Carter se preguntó de qué remoto rincón de Skirron habría llegado aquella pobre mujer, cruelmente separada de los suyos y destinada a una vida de esclavitud, que duraría mientras conservase el aliento.—Bueno —dijo Ghenka de pronto—, antes de hacer nada, quiero darte ciertas instrucciones, para tu buen gobierno y para evitar más tarde incidentes poco agradables. Aquí, los hombres, y los esclavos, naturalmente, obedecen sin rechistar cualquier orden que les dé una erswa. Sin embargo, y por ahora, tú estás exento de esa situación, porque eres el hombre que tiene la semilla de mi hijo.«Permaneceremos juntos un par de semanas, aquí, sin salir para nada, hasta que tenga la seguridad de que he recibido tu simiente. Después, se te colocará la argolla en el tobillo izquierdo y pasarás a ser un esclavo. No temas, el trabajo no mata a nadie y somos muy consideradas con los hombres. Además, después podrás venir a visitarme por las noches siempre que quieras o, si prefieres visitar a otra erswa que sea de tu agrado, o si ella te invita a pasar la noche en su casa, podrás hacerlo sin limitación

alguna... salvo las que te imponga tu organismo —concluyó Ghenka con una risita maliciosa.Carter contempló unos instantes a la mujer que tenía frente a sí. Realmente, tenía un gran atractivo físico. Sin dejar de ser robusta, poseía también una singular esbeltez, que no parecía propia de una mujer dedicada hasta entonces a tareas casi exclusivamente masculinas, con la caza y la guerra. Los senos eran grandes, redondos, firmes, aptos evidentemente para realizar sin dificultad el destino que les había dado la naturaleza.Ghenka sonrió y tiró de él.—Anda, vamos a darnos un baño primero —dijo—. Luego comeremos y, más tarde... Pero el joven no se movió.—Ghenka, mucho me temo que tus planes no se van a realizar como has pensado —manifestó tranquilamente.

-
- * * *
-
- Ella le dirigió una mirada llena de extrañeza. — ¿Qué diablos quieres decir? —exclamó. —Sencillamente, me niego a darte mi simiente... — ¡Eres mi prisionero! —vociferó Ghenka. — ¿Estás segura? —sonrió Carter. Los ojos de la amazona chispearon. —Ahora mismo vas a saberlo —dijo.
- Con gesto rápido, se quitó el cinturón con las armas y lo lanzó a un lado. Luego se dispuso a propinar un golpe con la mano en el rostro del joven.La mano de Ghenka encontró solamente el vacio. Luego, antes de que se diera cuenta de lo que sucedía, se encontró volando por los aires y aterrizó pesadamente sobre el montón de pieles.Tendida de espaldas, miró al joven con furia y asombro a un tiempo. Al cabo de unos segundos, sin embargo, sonrió.—Me has pillado por sorpresa —dijo—. Pero eso se ha acabado ya.Bruscamente se puso de pie de un salto y cargó contra el joven con la cabeza gacha. Cuando llegaba a su altura, extendió el brazo derecho, recto, rígido como una tabla.Carter sintió compasión de ella. Podía haberle partido el brazo, pero quería derrotarla de modo que no resultase humillada, aunque, al mismo tiempo, supiese de forma irrefutable que no podía vencerle.Carter se dejó caer al suelo y Ghenka empezó a pasar por encima de él. Entonces, levantó los dos pies, los puso sobre el vientre de la amazona y luego los disparó hacia arriba con tremenda potencia.Ghenka chilló y manoteó, mientras volaba de nuevo por los aires. Sin embargo, volvió a levantarse y otra vez se lanzó a la carga.—Esto hará doblemente sabroso lo que vendrá a la noche —sonrió.Carter decidió darle una buena lección. Tiempo atrás, había practicado con asiduidad las artes marciales, karate y tae-kwondo. Era una

forma de luchar sin armas, de la que Ghenka no tenía la menor idea.Durante unos minutos, las manos y los pies del joven se movieron con una velocidad increíble. Carter procuró más bien «marcar» los golpes, en lugar de asestarlos para causar verdadero daño. Al fin. Ghenka quedó sentada, con las manos apoyadas en el suelo, la cara encendida y perdido el aliento por completo.Carter le tiró la espada y el puñal.—Con las manos desnudas no puedes vencerme —dijo—.

- Anda, trata de matarme. Te he humillado y debes vengar tu derrota.
- Ghenka empuñó las armas y se puso en pie de un salto. Un minuto después, y sin que supiera lo que había sucedido, volvía a encontrarse con las manos desnudas, totalmente derrotada.Tenía el pelo pegado a las sienes y su mirada carecía de brillo. Sonriendo, Carter se acuclilló frente a ella.—Voy a hacerte una proposición —dijo.— ¿Qué..., qué quieres de mí? —jadeó ella.— Ya has visto cómo se puede derrotar a un enemigo, sin más armas que las manos y los pies. Voy a proponerte lo siguiente: yo entrenaré a unas cuantas erswas, las que tú indiques, como más aptas para recibir mis enseñanzas, que luego ellas comunicarán a las demás, y tú, a cambio, habrás de proporcionarme la ayuda que te pida, para que Terphyx derrote a Borkos.Ghenka pareció meditar durante unos segundos las palabras del joven. Al fin, levantó la cabeza y le miró fijamente. —De acuerdo, pero con una condición: tienes que darme tu simiente —contestó.Carter negó con un gesto.—No. Lo siento —dijo—. Mis costumbres exigen que el padre y la madre vivan siempre juntos, en igualdad de condiciones, sin que uno de los dos sea más que el otro, ayudándose recíprocamente y trabajando siempre juntos por su futuro y el futuro del hijo o los hijos que puedan tener. Yo no podría dejar en ti la semilla de un hijo y marcharme luego, sin saber que ya no volvería a verlo jamás. Y si es una niña no me gustaría que se convirtiese en una mujer amante de la guerra. Te he hecho una proposición y aceptaré cualesquiera otras condiciones, menos la que has mencionado —finalizó tajantemente.—Entonces, ¿quién será el padre de mi hijo?Carter señaló con el puñal hacia el exterior.—Fuera sobran candidatos a ofrecerte su simiente —sonrió.Hubo un instante de silencio. al fin, Ghenka hizo un movimiento afirmativo.—Me has convencido —respondió—. Tu forma de luchar es maravillosa. Una erswa, aun sin armas, puede resultar invencible...
- —No lo dudes, Ghenka.
- Carter alargó una mano y le ayudó a ponerse en pie.

Luego la empujó suavemente hacia la puerta.—Anda, vete y ordena que traigan hacia aquí a la prisionera —dijo.

- — ¡Me echas de mi propia casa! —resopló ella. El joven se echó a reír.—Me la quedo —contestó con toda desenvoltura.—Y, además quieres que ella venga...—Inmediatamente.— ¿Le vas a dar tu semilla?Carter decidió mentir un poco.—Se la di hace tiempo —repuso.—Es una mujer afortunada —suspiró Ghenka.
-
- ## CAPÍTULO VIII
- Terphyx entró en la casa y miró a todas partes, sin encontrar a Carter. La voz del joven sonó repentinamente al otro lado de la sala.—Estoy aquí, en el baño —gritó Carter.Ella avanzó unos pasos y terminó de abrir la puerta del fondo. Carter estaba sentado en el suelo de una bañera, capaz de contener holgadamente una docena de personas. Terphyx le miró entre desconcertada y asustada.—No acabo de entender lo que ha pasado —dijo—. Iban a ponerme ya la argolla de la esclavitud, y llegó una orden, diciendo que no era necesario y que debía venir aquí, precisamente a la casa de la jefa. ¿Qué ha pasado, Keith?—Sencillamente, he conseguido que las erswas se pongan a tu lado para combatir a Borkos.El recelo apareció bruscamente en el rostro de la muchacha.— ¿Qué le has dado a cambio? —preguntó.—No le he dado lo que le he dicho te había dado a ti. Perdona, pero he tenido que recurrir a la mentira, para acabar de convencerla. Sin embargo, y si tienes un poco de paciencia, te lo contaré todo, para que saigas de dudas... ¿Quieres escucharme?—Puedo bañarme mientras hablas —dijo ella.—¡No lo hagas! —prohibió Carter.Terphyx se levantó la túnica por encima de la cabeza y quedó solamente con un ceñidor de tela, que cubría sus senos, y unos pantaloncitos muy cortos en torno a las caderas. Luego saltó al interior de la bañera.— ¿Acaso creías que iba a desnudarme del todo? —rió.—Eres una mujer muy hermosa —refunfuñó él.Terphyx nadó suavemente y le besó en los labios.—Lo sé —dijo ardientemente.—Por favor, no..., no no...Ella se quitó el resto de las prendas.Abrazó a Carter con fuerza.—Luego me lo contarás todo. Ahora...El agua procedía de alguna fuente termal y estaba tibia, a la temperatura del cuerpo humano. Los dos parecían perder su peso y flotaron en un éxtasis que no parecía iba a tener fin.
-
- * * *
-
- —Ya lo sabes —dijo Carter algunas semanas más tarde—.

Debes estar preparada para atacar en el momento en que recibas mi aviso.—Atacaremos —prometió Ghenka.—Si mi padre o algunos de sus servidores cometieron alguna injusticia con vosotras, yo estoy dispuesta a repararlas de la forma que desees —manifestó Terphyx—. Nada será igual en Skirron a partir de ahora.Ghenka suspiró melancólicamente.—Eso mismo pienso yo —repuso.Carter contuvo una sonrisa. Los hombres sujetos a esclavitud, empezaban ya a tener conciencia de sus derechos y. aunque no se negaban a trabajar, querían ser considerados como iguales a las erswas. Muchos de ellos podían ser entrenados para pelear. En cuanto a las esclavas, la gran mayoría había decidido quedarse en el pueblo de las amazonas, pero exigiendo se las considerase como sus iguales. La autoridad de Ghenka no era discutida, pero el sistema empezaba a dar claros síntomas de cambio.Volaron hacia su nave en dos cometas, pilotadas por sendas amazonas. El aparato, situado en el fondo de una vaguada y oculto por ramajes, permanecía intacto.— ¿Y ahora? —dijo Carter, cuando ya estaban a bordo de la nave.—Las erswas nos van a ayudar. Si conseguimos persuadir a los griqs habremos dado un paso importantísimo. El jefe de los pigmeos, puede poner en pie de guerra a setenta u ochenta mil combatientes. Borkos no tiene, ni de lejos, un número semejante de soldados.—Con las amazonas, obtendríamos un ejército de cien mil —murmuró el joven.—Sí, pero queda un obstáculo insalvable. Borkos se sentirá seguro tras las murallas. Además, no lo olvides, dispone de veinte naves que constituyen un arma formidable.Carter se acarició la mandíbula.—Yo podría inutilizar esas naves —dijo.— ¿Cómo? —inquirió Terphyx.—A costa de la práctica destrucción de la tuya —añadió él.—No me importaría. Derrotado Borkos, S'hdon, el constructor de las naves, podría construir muchas más. ¿Qué piensas hacer para conseguirlo, Keith?—Por ahora, nada, porque la necesitamos para nuestros desplazamientos. Tendré que hacerlo cuando tengamos a la vista los muros de Skirronia.—Supongo que debe tratarse de algún trabajo demasiado técnico para comprenderlo —sonrió ella—. Keith, voy a hacerte una advertencia.¿Sí?—Los griqs no son muy amistosos. No esperes un buen recibimiento. Y, por favor, ten cuidado con sus lanzas.— ¿Qué tienen de particular esas lanzas?—Diez metros de largo y aserrados los bordes del hierro de la punta. Pese a su longitud, son unas armas muy ligeras y se pueden desmontar, para conseguir diez venablos, cuando se necesita pelear a cierta distancia. Todo pigmeo lleva nueve hierros de repuesto.—Comprendo. La lanza está formada por diez piezas fácilmente desmontables.

- Y con un venablo, son capaces de alcanzar, a brazo, distancias de ciento cincuenta metros.

- —Maravilloso —resopló Carter.—A ciento cincuenta pasos atravesarían una mosca apoyada en la yema de tu dedo índice.

- ¡Qué gente! —se escandalizó el joven—. Para conseguir una habilidad semejante, deben dedicar al entrenamiento las veinticuatro horas del día. Entonces, ¿cuándo trabajan siquiera para buscar comida y construir el techo que debe cobijarlos?

- —Ya se encargan de ello sus mujeres —contestó Terphyx mordazmente—. En la Tierra se está...«Ibas a decir que en la Tierra se está mejor. Pero, ¿no eras tú el que buscaba aventuras? Si ya lo has conseguido, ¿de qué te quejas?», se apostrofó a sí mismo.— ¿Decías, Keith? —preguntó ella.—Oh, no nada, no tenía importancia. Pero, sin embargo, hay algo que me gustaría saber.—Dime, por favor.—Cuando... bueno, la primera noche que pasamos en el pueblo de las erswas, tú viniste allí, entraste en la cabaña... ¿Acaso lo hiciste por celos?Terphyx sonrió indefectiblemente.— ¿Has notado la diferencia? —preguntó.— Los celos implican despecho. Luego viene la frialdad, el desvío... —Hubo un poco de celos, un poco de despecho... y el resto... ¡Adivínalo, hombre!Carter no quiso decir nada y ciñó posesivamente la cintura de la joven. Por mucho que pareciera realidad, era un sueño y un día despertaría, pero, mientras tanto... «Disfruta de la aventura», se dijo.Al cabo de unos momentos de silencio. Carter volvió a hablar:—Terphyx, esto va para largo. Tenemos que trabajar mucho, incluso contando con la ayuda de los griqs. Pero supongo que no tienes prisa.—No, ninguna. Estoy dispuesta a hacer todo lo que tú me indiques, Keith.—Antes hablaremos con los pigmeos, con su jefe, mejor dicho. ¿Cómo has dicho que se llama?—Bar-Hi-Tuu. Es el jefe supremo, pero, de todos modos, tiene que contar con los doce subjefes de su pueblo. Cada subjefe tiene autoridad sobre unos veinticinco mil hombres y si éstos se negasen. Bar-Hi-Tuu no podría contradecirlos y debería acatar su decisión.De pronto. Carter señaló un punto con la mano.

- —Terphyx, puesto que no tenemos prisa, vamos a tomar tierra en ese pequeño valle. Deseo hacer algunas cosas antes de presentarnos en el pueblo de los griqs.—Muy bien, Keith. ¿Estaremos mucho tiempo en tierra?— Una semana, acaso dos, pero no más. Es preciso impresionar a... Demonios, no me acuerdo del enrevesado nombre del jefe de los griqs.—Bar-Hi-

Tuu —sonrió ella.—Cuando termine lo que pienso hacer. Bar-Hi-Tuu se pondrá de tu lado sin pensárselo dos veces —aseguró Carter.

-

- * * *

-

- Había estado trabajando muy duramente durante los últimos ocho o nueve días y decidió que ya podía dar su labor por terminada. Fue al riachuelo cerca del cual habían acampado, se dio un buen baño y, al cabo de un rato, vestido solamente con un taparrabos de pieles, obtenido en el pueblo de las erswas, emprendió el regreso.La nave, como de costumbre, estaba cubierta por ramas que la ocultaban a la observación del área. Aunque pernoctaban en el interior, pasaban prácticamente el resto del día al aire libre.Incluso guisaban con fuego de leña. Terphyx había llegado a convertirse en una hábil cazadora de presas y también conseguía numerosos peces en el arroyo. Mientras ella se ocupaba de la comida. Carter trabajaba en la idea que había concebido, a fin de impresionar a los griqs.Cuando llegó al campamento, vio a la muchacha en pie. a unos doce o quince pasos de la hoguera, inmóvil y con los ojos muy abiertos.— ¿Sucede algo, Terphyx? —preguntó, ligeramente aprensivo.Ella no contestó. Carter dio unos cuantos pasos más y. de pronto, se detuvo en seco.Varios individuos uniformados surgieron de la arboleda cercana y le rodearon, amenazándole con largas espadas de brillante metal. Terphyx le había descrito en más de una ocasión los uniformes de la guardia de Borkos, por lo que no tardó mucho en adivinar la identidad de aquellos sujetos-Lo siento, Keith —dijo la muchacha—. No me dieron tiempo a avisarte. Estaba fuera y, por lo tanto, no pude observar el radar.
- —Han venido en alguna de las naves de Borkos —supuso él.
- —Así es —exclamó alguien, surgiendo de pronto a espaldas de la muchacha—. Soy el coronel Arphet, uno de los destacados por el hkaddor para capturar a una traidora. Y castigar en el acto a quienes la hayan ayudado en su traición.—¡No soy una traidora!—protestó Terphyx agudamente.—Será mejor que no te preocupes de minucias —aconsejó Carter—. Coronel, supongo que a ella se la llevará prisionera. Borkos, sin duda, querrá matarla con sus propias manos, lo mismo que hizo con su padre. Pero ¿qué piensa hacer conmigo?—Debería darle muerte aquí, ahora mismo —respondió Arphet—. Sin embargo, las hazañas que ha realizado usted han tenido un eco increíble.

Simplemente, el hkaddor quiere conocerle en persona.—Antes de ordenar que me arrojen a los perros —sonrió el joven.

- No usamos animales para ejecutar las sentencias de muerte —dijo Arphet orgullosamente.
- Era sólo una metáfora, coronel. Bien, puesto que nos vamos a marchar pronto rumbo a Skirronia. y según parece, ya soy hombre muerto, ¿quiere concederme un último deseo, coronel?

- — ¿Qué me va a pedir? —preguntó el aludido recelosamente.—En mi tierra es costumbre que el condenado a muerte tome un último trago de vino caliente. Como el que hay en aquellas pequeñas jarras. Coronel, son recipientes de barro. Ordene a uno de sus hombres, por favor, que ponga una al fuego.—Está bien.Uno de los soldados cogió una de las jarras a prudente distancia de la hoguera. Eran simples recipientes cilíndricos de barro, sin asas, y tapados, aunque con un diminuto orificio en la parte superior.—Así no —rectificó el joven—. El agujero debe ponerse directamente sobre las brasas, así el fuego se comunica directamente con el vino... No, no tema, hay una tapa hermética interior... Así, estupendo...El soldado, incautamente, hizo lo que le indicaba Carter. Todavía estaba inclinado sobre el fuego cuando, de súbito, se produjo un tremendo estampido.Una espesa nube de humo blanco brotó del lugar donde había sonado la detonación. Trozos de barro se esparcieron silbando como metralla. Varios soldados cayeron al suelo, gritando aterrados por algo que no comprendían y que les había herido.Arphet, por su parte, se sentía desconcertado. Antes de que pudiera recuperarse. Carter saltó sobre él y lo derribó de un tremendo puñetazo.Dos de los soldados, que habían resultado ilesos, cargaron con sus espadas contra el joven. Carter aplicó una vez más sus conocimientos de artes marciales.Terphyx contemplaba estupefacta la escena. En pocos segundos, Carter, sin más armas que sus manos y los pies, dejó fuera de combate a sus dos adversarios. Al terminar, se volvió sonriendo hacia la joven:—Tenemos que largarnos de aquí cuanto antes —dijo. —Sí, Keith.
- —Pero vamos a aprovechar la ocasión que Arphet nos ha brindado en bandeja. ¿Recuerdas que te dije que sería preciso inutilizar tu nave?
- —Desde luego.
- —Bien, yo pilotaré la de Arphet y tú me seguirás... de momento, hasta un lugar donde podamos hablar con más tranquilidad. Más tarde te explicaré mi plan.

- —De acuerdo. Keith.Carter sonrió al recoger los recipientes de barro que había fabricado primero y llenado después con pólvora. Aunque tenía pensado elaborar mucha más pólvora, era algo que debía dejar para más adelante. La que tenía ya dispuesta, serviría para hacer unas demostraciones que pudieran persuadir al jefe de los griqs para unirse al lado de Terphyx.
-
- **CAPÍTULO IX**
- Había un armario con mapas muy detallados de todas las regiones del planeta y Carter usó uno de ellos días más tarde, para trasladarse al punto más elevado de la cordillera vista al principio de su estancia en el planeta. La cota topográfica superaba los dieciséis mil setecientos metros.
- —El doble del Everest terrestre —murmuró, mientras daba los últimos toques a los aparatos con los que había manipulado incansablemente durante una semana.Para trabajar en el exterior, se puso un traje de vacío. Al terminar, contempló satisfecho la antena que sobresalía de la cúpula de la nave.
- Terphyx se mantenía inmóvil con el otro aparato, por encima de su cabeza. Al terminar. Carter hizo una señal y ella hizo descender una eslinga. Momentos más tarde, el joven se hallaba a bordo de la nave.

- Ya podemos marcharnos —dijo—. El generador está en funcionamiento.

- —A nosotros no nos afecta —alegó Terphyx.
- —Instalé un aparato que produce interferencias de las ondas emitidas por el generador de la nave, a través de la antena. Pero ninguna de las otras naves lo tiene, lógicamente.

- Y caerán a tierra...

- —Las emisiones de este generador, debidamente modificado, paralizan todos los demás generadores, situados en un radio de unos cinco o seis mil kilómetros, casi un hemisferio de Skirron. La capital está mucho más cerca, supongo.—Mil cuatrocientos, aproximadamente.—Por fortuna para sus tripulantes, las naves descenderán lentamente, porque la actividad del generador decaerá de forma gradual. Pero ya no podrán volver a ponerlo en funcionamiento.—Quizá construyan nuevos generadores...—Tardarán mucho más de lo que desearían —aseguró Carter—. Bien, ¿volamos hacia el pueblo de los pigmeos?—Sí, desde luego.Carter se desvistió y luego volvió

a la cámara de mando. Terphyx pilotaba la nave con absoluta eficiencia y se sentó a su lado.

- — ¿Puedo darte un consejo?—consultó.
- —Claro —accedió ella— ¿Qué piensas decir?—Pide perdón a Bar-Hi-Tuu. Humíllate, si es preciso, no te muestres orgullosa en modo alguno. Piensa: son ochenta mil combatientes.Terphyx se mordió los labios.—No resultará agradable —dijo.—Reconocer los errores, aunque duela, es siempre más sano que mantenerlos.—Sí, eso es verdad. En fin, espero que Bar-Hi-Tuu sepa aceptar mis disculpas.—A una chica tan bonita como tú, yo le perdonaría todo, menos una cosa.—¿Qué no perdonarías, Keith? — sonrió ella.—Que te marchases con otro hombre.Terphyx se echó a reír.
- —Eso no sucederá jamás, puedo asegurártelo —respondió.
-
- * * *
-
- Carter procuró mantener su rostro firme, inexpresivo, aunque tenía razones más que suficientes para sentirse sorprendido al ver el aspecto que conferían los griqs.La estatura de aquellos pigmeos raramente sobrepasaba los noventa centímetros. Resultaba cas: cómico verlos empuñando aquellas lanzas de diez metros de altura, pero si se pensaba que de cada lanza podían salir diez venablos, la cosa inspiraba mucho más respeto que risa.Otro motivo de asombro para el joven era el color de la piel griq. Era un color absolutamente negro, como el azabache, sin la menor variación de tono en ningún rincón de su menudo cuerpo, perfectamente proporcionado, por otra parte. Las facciones eran asimismo muy regulares y no había en ellas el menor rasgo de antropoide. Los ojos, sin embargo, de pupilas extrañamente claras, eran duros, impenetrables, casi hostiles.En completo silencio, Terphyx avanzó hacia el jefe, escoltado por un centenar de guerreros, puso las rodillas en el suelo, se inclinó hacia delante y luego, asiendo el pie de Bar-Hi-Tuu, lo colocó sobre su cabeza.—La hija de Gramdor te pide perdón humildemente por las injurias que te fueron inferidas tiempo atrás —dijo, sin cambiar aún su postura.Bar-Hi-Tuu pareció asombrarse de la actitud de la muchacha. Al cabo de unos segundos retiró el pie y movió la mano izquierda.—Levántate —ordenó—. Has venido a pedirme algo. Di me de qué se trata y veré si puedo concedértelo.—Todavía no sé si me has perdonado...—Acabas de escucharme. Si no te hubiese perdonado, ya me habría negado de antemano a darte cualquier cosa, por ínfima que fuera. Pero el perdón no significa que esté

dispuesto a acceder a tus deseos. Habla, hija de Gramdor.— Un traidor usurpa ahora el puesto de hkaddor de Skirron. que me pertenece por herencia. Deseo que me ayudes a recobrarlo.— Nunca se da nada por nada. Si accedo, ¿qué me concederás tú? —El máximo de lo que pueda darte, Bar-Hi-Tuu.El jefe de los griqs pareció meditar un momento.—Hubo un tiempo, antaño, en que íbamos y veníamos libremente de Skirronia. No había murallas y podíamos comerciar sin restricciones con los habitantes de la capital y con cualquier persona de Skirron. Deseo volver a aquella situación.

- —Considéralo como hecho. Bar-Hi-Tuu —dijo Terphyx. —Habrá que destruir las murallas. Skirronia no necesitó un muro de piedra durante siglos. Tu padre inició la construcción de las murallas, contra la opinión de todos los demás pueblos del planeta. Si le vas a suceder, prométeme que derribarás las murallas.
- Terphyx suspiró. Por su expresión. Carter pudo darse cuenta de que el padre de la muchacha no había sido precisamente un santo. «Un buen gobernante no debe temer nada de sus súbditos», pensó. Las murallas indicaban miedo, simplemente.—Habrá jardines en lugar de murallas —prometió Terphyx solemnemente.—Muy bien. Tendrás mi ayuda... pero ¿cómo atacaremos Skirronia? A pesar de que somos muchos, las murallas constituyen un obstáculo infranqueable.Terphyx movió una mano hacia el joven.—Te presento a Keith, comandante en jefe de mis ejércitos. El te hará algunas demostraciones de lo que puede hacer con armas nuevas, mucho mejores que vuestras lanzas.Bar-Hi-Tuu sonrió desdeñosamente.—No creo que ha va nada mejor que nuestras lanzas. Ni los sables de los cortadores, ni las espadas de las amazonas...—Permítame, jefe —intervino Carter—. No quisiera pecar de orgulloso, pero, según tengo entendido, el menos hábil de tus guerreros puede conseguir un blanco con su venablo a ciento cincuenta pasos de distancia.—Así es. ¿Podrías conseguir tú lo mismo?—Por lo menos, el doble. — ¿Qué? —gritó el pigmeo.— ¿Quieres que te haga una demostración? Déjame tu lanza, por favor.Aunque con cierta repugnancia, Bar-Hi-Tuu le entregó la lanza. Carter manipuló en el extremo inferior y separó uno de los trozos correspondientes a un venablo.Como había supuesto, se trataba de un metal muy liviano, pero tremendamente resistente. Una muesca, en la parte superior, permitía fácilmente la colación del hierro en la punta.El tubo tenía un diámetro interior de unos tres centímetros. Durante unos minutos. Carter fue llenándolo poco a poco con pólvora, que empujaba con un palo redondo y recto,

que ya se había preparado días antes.Al terminar, pidió al pigmeo un hierro con punta y lo puso en su sitio. Encendió un poco de fuego, metió un palo, lo encendió y luego, sujetando el venablo a la mitad de su longitud, con el índice y el pulgar izquierdos, arrimó llama a la boca del tubo.La expectación entre los griqs era inmensa. Terphyx sabía lo que iba a suceder, pero no por ello se mostraba menos ansiosa. De repente, se oyó un fuerte silbido.Chorros de llamas y humo empezaron a salir por la parte inferior del tubo. Carter lo sujetó en determinado ángulo, tratando de calcular la trayectoria lo mejor posible. Cuando se hubieran hecho algunas pruebas, la puntería resultaría punto menos que infalible.Bruscamente, el venablo salió disparado con agudo chillido, a la vez que dejaba una espesa estela de humo blanco. Los griqs lanzaron aullidos de asombro, en los que había una buena dosis de temor.El venablo describió una trayectoria ascendente, de un escaso ángulo, sin embargo, volando a una velocidad casi imposible de seguir con la vista. Luego entró en la curva descendente de la parábola, tras haber alcanzado una altura máxima de unos veinticinco metros, y acabó clavándose en el grueso tronco de un árbol, a casi quinientos metros de distancia.Majestuosamente Carter extendió el brazo izquierdo.—Envía a uno de tus guerreros a que traiga el venablo —pidió al jefe pigmeo—. Al mismo tiempo, indícale que cuente los pasos que hay desde aquí al árbol.Bar-Hi-Tuu asintió. Uno de sus hombres empezó a caminar inmediatamente. ,El guerrero regreso minutos más tarde, con las manos vacías.—No he podido arrancar el arma —informó—. Se ha hundido en el tronco casi hasta la mitad. Hay más de quinientos pasos de distancia.Carter ocultó una sonrisa de satisfacción.— Y ahora, gran jefe, ¿ayudarás a Terphyx? —preguntó.Los ojos de Bar-Hi-Tuu se clavaron en el rostro de la muchacha.—Cumplirás lo que te he pedido —dijo.

- —Absolutamente —respondió ella. — Y harás derruir las murallas.
- —Antes de un año, sólo serán un recuerdo en la mente de los habitantes de Skirron —contestó ella solemnemente.—Muy bien. Te tomo la palabra, pero, si no la cumplieras, no vivirías mucho tiempo después. —El pigmeo agitó una mano—. Venid con nosotros: seréis nuestros huéspedes y, además, el extranjero nos explicará los planes que tiene para atacar a Skirronia.

•

•

•

CAPÍTULO X

• —Las murallas, como ya te he dicho, tienen una altura de cuarenta y cinco metros y un ancho, en la parte superior, de más de doce —dijo Terphyx al día siguiente, en la cabaña que les había sido asignada para su alojamiento—. Hay dos puertas y son de metal, enormemente gruesas, invulnerables a toda clase de armas, y se mueven deslizándose sobre rieles tendidos en el suelo. Por el exterior, los muros son absolutamente usos y. me parece que casi medio centenar de metros excluyen la idea de asaltar la fortaleza mediante escaleras.Al mismo tiempo que hablaba, Terphyx señalaba diversos puntos en el croquis trazado sobre una piel tensa en un marco de delgados troncos. Carter se acarició la barbilla, mientras contemplaba el dibujo de la muchacha.— ¿Qué longitud tienen las murallas? —preguntó.— Unos cuatro kilómetros. El trazado es, aproximadamente, el de un polígono de diez lados, sin torres salientes en los ángulos. Dejando de lado el parapeto superior, el coronamiento de las murallas es totalmente liso.—Cuatro mil metros... Borkos puede situar fácilmente dos mil guerreros en los parapetos.—También cuatro veces más, Keith.— ¿Ocho mil?—Más unos cuatro mil de reserva. Y eso sin contar con las máquinas de guerra que hay en lo alto de la muralla. — ¿Qué ciase de máquinas?—Pueden lanzar fácilmente toda clase de proyectiles, a más de mil metros de distancia. Hay unos aparatos que disparan a la vez un centenar de flechas y alcanzan unos quinientos metros.—En la antigüedad se las llamaba *balistas* —murmuró el joven—. ¿Qué más?—Cañones de aire comprimido por medio de bombas manuales, que disparan cargas de cincuenta proyectiles de piedra, a mil y más metros de distancia. Otros artefactos pueden lanzar bolas de material ardiendo, de casi dos metros de grosor. Las bolas tienen una capa vegetal que se inflama en el momento del lanzamiento, pero son huecas por dentro y contienen un aceite muy inflamable, que se enciende cuando el proyectil se rompe con el impacto.—No está mal. ¿Alguna otra cosita?—Bueno, arcos, flechas, lanzas... Los arcos son muy potentes, desde luego, y la flecha que se dispara con uno de ellos alcanza a más de medio kilómetro. —Terphyx hizo un gesto de desaliento—. He pedido ayuda a Bar-Hi-Tuu, pero me parece que voy a llevar a su gente a una matanza —añadió, pesimista. —No pierdas la batalla antes de haberla entablado. Ni tampoco la consideres ganada. Pero creo que puedo asegurarte que las

bajas de los griqs serán mínimas.—Los venablos, con la pólvora que están fabricando, no llegarán nunca a los quinientos metros...—Los venablos —repitió él sonriendo—. ¿Se te ha ocurrido pensar cuántos pueden lanzar los griqs sobre Skirronia, en el momento del ataque?—No. pero, sin duda, muchos —contestó Terphyx.—Bar-Hi-Tuu dispone de ochenta mil combatientes. Cada uno dispone de su lanza, divisible en diez venablos. Calcula tú misma, Terphyx.La muchacha se quedó sin aliento.—Ochocientos mil —exclamó.—Exactamente. Y, como dijo cierto terrestre hace unos tres mil años, los venablos de Bar-Hi-Tuu pueden oscurecer el sol.Carter volvió a sonreír y agregó:

- —Espero que Borkos no me dé la respuesta que el adversario del terrestre le dio cuando conoció aquel mensaje. —¿Qué respuesta, Keith?
- — El ateniense contesto, simplemente: «Mejor, así combatiremos a la sombra » Ella se echó a reír—A ti no te abandona el humor jamás, ¿verdad?Carter la miró un instante. Estaba corriendo la mejor aventura de si vida, junto a una mujer hermosa. En aquellas circunstancias, valía la pena cualquier riesgo.—Soy optimista por naturaleza —contestó.Hasta aquel momento, había permanecido sentado. De pronto, se puso en pie.—Vamos a ver a Bar-Hi-Tuu. Tenemos mucho trabajo por delante y no será cuestión tic un día precisamente. Antes de que nos pongamos en campaña, habrán de pasar algunos meses.—¿Tantos?—preguntó ella, decepcionada.—Si se va a una guerra, es preciso estar preparado a fondo. No podemos descuidar el menor detalle, ¿comprendes?—Sí, supongo que tienes razón, Keith —dijo Terphyx—. Pero es que, me siento tan impaciente... —Lo comprendo, aunque por ello no debes desanimarte. —Carter pasó una mano por la cintura de la muchacha y la empujó con suavidad hacia la puerta—. Anda, vamos a hablar con el jefe: A partir de ahora, los griqs van a tener que dedicar tanto tiempo al trabajo como al entrenamiento con las armas.
-
- * * *
-
- En el cielo se vieron de repente infinidad de puntitos que se movían velozmente hacia el poblado de los pigmeos. A los pocos momentos, empezaron a oírse los primeros aullidos de los canes que remolcaban las cometas en las cuales viajaban las amazonas.
- Carter y la muchacha salieron a recibirlas, a una inmensa explanada que había en el exterior del poblado. A los pocos momentos, empezaron a aterrizar las primeras cometas.

• Había unas diez mil, calcino el terrestre, y cada una de ellas estaba ocupada por dos personas. Carter apreció con asombro que había un gran numere de hombres en la tropa voladora.Ghenka corrió a su encuentro, con gestos llenos ele alegría.—Cuánto celebro veros... —exclamó—. Recibí vuestro mensaje y en el acto nos pusimos en movimiento... ¿Cuándo empieza la batalla?—No seas impaciente. Ghenka —dijo Carter riendo—. Todo se hará a su debido tiempo, pero de una forma que no produzcan fallos. Además, antes de atacar, tendrás que someter a tus tropas a un riguroso entrenamiento Puede durar un par de meses, ¿sabes?— ¿Tanto tiempo? —se extrañó la amazona.— ¿Quieres volver a tu pueblo bajo el signo de la derrota?—Claro que no...—Entonces, escúchame... —De pronto. Carter vio a un hombre alto y fornido, parado a pocos pasos de distancia—. ¿Quién es? —preguntó.—Ashan, mi esposo —contestó Ghenka orgullosamente—. Combatirá a mi lado, Keith. Muchas de nosotras hemos venido acompañadas de nuestros hombres.—Eso está muy bien. ¿De cuántas alas delta dispones? —Ocho mil. ¿Son pocas?—Pensé que habría más., pero no importa; serán suficientes. Anda, vamos a hablar con el jefe de los griqs... Una cosa, Ghenka. es terriblemente orgulloso. Procura no ofenderle o tendríamos que prescindir de vosotras, y eso no me gustaría en absoluto, porque son las erswas precisamente las que van a luchar en vanguardia. ¿Entendido? —Entendido —contestó la amazona. Desenvueltamente, palmeó las espaldas de Terphyx—. ¿Qué tal se porta Keith contigo?— Oh, estupendamente —contestó la muchacha.—Te satisface, ¿verdad? Hubo un momento en que creí envidiarte, pero desde que tengo a Ashan conmigo, no tengo ya envidia de nadie.Terphyx se ruborizó fuertemente. Carter emitió una tosecilla.—Dejemos esos temas a un lado —propuso, ocultando una sonrisa—. Ahora hablaremos con Bar-Hi-Tuu y estableceremos el plan definitivo de combate. Por cierto, Terphyx, antes de pasar al ataque, me gustaría parlamentar con el usurpador.— ¿Por qué? —se extrañó ella—. No tenemos nada que discutir con ese miserable...—Sí, tenemos que discutir una posible rendición. Cuando vea las fuerzas que se disponen a atacar Skirronia, es posible que se sienta muy impresionado y más cuando ya sabe que sus naves no pueden volar. Una batalla se puede ganar en la mesa de negociaciones y eso evita siempre derramamiento de sangre.—Muy bien, como quieras, pero te advierto de antemano que será inútil. Borkos no querrá rendirse; lo conozco muy bien.—Al menos, lo habremos intentado. Y, otra cosa: cuando hayamos entrado a la ciudad, habrá que evitar el

pillaje y el saqueo a toda costa. ¿Me has oído, Ghenka?La amazona caminaba junto a ellos y asintió.—Las erswas no somos ladronas —contestó orgullosamente.—Lo sé, pero alguna podría sentirse tentada por las riquezas que hay en Skirronia. Los habitantes de la capital agradecerán que ayudéis a liberarlos del tirano, pero si después os entregáis al pillaje, empezarán a echar de menos los tiempos en que gobernaba Borkos... ¿Vas comprendiendo, Ghenka?—La amazona que sea sorprendida en actos de pillaje, será sentenciada a muerte y ejecutada de inmediato —contestó Ghenka con voz firme.—Espero que cumplas tu promesa. Guerreamos contra Borkos, no contra unos ciudadanos inocentes y pacíficos —dijo el joven solemnemente.

-
- * * *
-
- La imponente masa de guerreros de piel color ébano, apareció súbitamente en las alturas que dominaban Skirronia desde unos dos mil metros de distancia. La marcha de aproximación se había efectuado en jornadas nocturnas, a fin de evitar la posible observación aérea. Pese a que Carter sabía que las naves de Borkos no podían volar, no quería excluir la posibilidad de una sorpresa. Tal vez Borkos había conseguido anular las interferencias que impedían el funcionamiento de los generadores, pero al menos hasta aquellos momentos, la sorpresa temida no se había producido.La masa de griqs se detuvo poco después de amanecer, a la vista de la ciudad fortaleza. Eran ochenta mil hombres, divididos en unidades de ocho mil cada una y éstas en otras de diez de ochocientos, subdivididas en pequeñas compañías de cincuenta hombres. Pero cada gran unidad había destinado un determinado número de guerreros para el remolque de diez gigantescos carros que Carter había hecho construir durante aquellos meses de trabajo incesante.Las erswas, pese a su facilidad de desplazamiento, llegarían más tarde. Carter no quería lanzarlas a la batalla sino en el momento preciso, cuando estimase necesario emplear el efecto sorpresa. Por ahora sólo quería que los centinelas de Borkos se dieran cuenta de que el combate era inminente.Las lomas descendían en suave pendiente, prácticamente lisas y sin árboles, hasta la ciudad. Al otro lado se veía el río que la cruzaba por el centro, atravesando las murallas por sendos túneles, protegidos cada uno por cinco series de espesas rejas. El río era demasiado caudaloso para soñar en su desviación y sitiar a Skirronia por la sed. Aparte de que las personas inocentes padecerían excesivamente, no podía ya perder tanto tiempo en

iniciar la batalla.Las murallas eran imponentes, abrumadoras. Carter pensó que su fortaleza era aún mayor de lo que había calculado, según las descripciones de Terphyx. Sin embargo, confiaba en su plan, para abrir una amplia brecha. Un solo boquete sería más que suficiente... Después de haber barrido a los soldados que ya se veían pulular por el coronamiento.Durante largo rato, Carter permaneció inmóvil, contemplando el poco satisfactorio panorama que ofrecía la ciudad amurallada. «Sus planes —pensó, eran excelentes sobre el papel, pero, a pesar de que había estudiado todas las posibilidades no podía excluir alguna acción imprevista por parte de Borkos.» La misma altura del muro excluía el ataque con escalas, fácilmente rechazable, y siempre que se llegase a poder colocarlas. Unas murallas más bajas habrían permitido un ataque en masa, en el que el número habría tenido un peso decisivo a la hora de inclinar la balanza. En la actual situación, debía atenerse al plan trazado y conseguir que fuera ejecutado puntualmente.Pero antes de iniciar el combate, quería hacer algo que estimaba totalmente necesario. Después de un rato de silencio, se volvió hacia Terphyx:—Voy a intentar parlamentar con Borkos —manifestó.Ella se puso muy pálida.—Hace poco que ha amanecido. Si no he vuelto para el mediodía, tú ya sabes lo que tienes que hacer.Agarró a la muchacha por la cintura y la besó fuertemente. A pocos pasos de distancia. Bar-Hi-Tuu dijo: —Si no regresas, te vengaremos de una forma que no se olvidará durante generaciones.Carter asintió sonriendo.—Volveré —prometió.Y, con paso firme, aunque sin apresuramientos, echó a andar hacia la fortaleza que deseaba conquistar.De pronto, sin saber por qué, recordó a Madigan y se echó a reír.

- —Aquí querría yo ver a ese «valiente —murmuró.
-
- * * *
-
- El gigantesco portón, de casi diez metros de altura por seis de ancho, se deslizó silenciosamente sobre sus rieles. Un grupo de hombres uniformados salió al encuentro del joven.— ¿Qué quieres? —preguntó el oficial que mandaba aquella pequeña tropa.—Me llamo Keith Carter y soy el mensajero de Terphyx de Zhanor. Deseo hablar con el hkaddor Borkos en su nombre. Condúceme inmediatamente a su presencia —dijo el joven con acento imperativo.— Está bien. Sígueme, pero antes habrás de permitir que me cerciore de que no llevas ningún arma.Carter separó los brazos del cuerpo.—Un mensajero va siempre desarmado —contestó.Al cabo de unos segundos, el oficial hizo

un gesto y Carter echó a andar a su lado, escoltado por media docena de soldados fuertemente armados.Durante un buen rato, caminaron a lo largo de calles y avenidas, amplias, bien trazadas, con edificios elegantes, aunque no lujosos. Carter no pudo por menos que captar un detalle significativo: no veía un alma fuera de sus casas.Sin duda, se había extendido la noticia de un ataque inminente y los habitantes de Skirronia habían optado por permanecer encerrados en sus casas. Las pisadas de los hombres que componían el pequeño grupo resonaban con lúgubres ecos en el total silencio que reinaba en aquellos momentos.Poco después, llegaron a un edificio más alto que los restantes, situado en el centro de un gran espacio despejado. Carter no tuvo ocasión siquiera de ver el interior del edificio.Un hombre salió a la puerta y se detuvo a pocos pasos del umbral, en el borde del primer peldaño de la escalinata que permitía el acceso al edificio. Carter, sorprendido, vio que Borkos no era el hombre alto y fornido que había supuesto, sino un sujeto de muy baja estatura, casi un pigmeo, y. además, gordito y de piernas ridículamente cortas.Borkos estaba acompañado de una corte de hombres lujosamente ataviados. Debía de ser su estado mayor, pensó. Sus ministros y sus generales, los hombres que obtienen un buen provecho de esta situación y que lucharán desesperadamente por mantener sus privilegios, pensó.La indumentaria de Borkos consistía en una especie de mono plateado, cerrado de cuello y puños, con una capucha del mismo material, situada a la espalda. Carter se dijo que aquel extraño traje debía de ser la protección especial que Terphyx había mencionado y que convertiría al usurpador en un hombre invulnerable ¿Cuál era el secreto de aquella protección?, se preguntó.Pese a su exigua estatura, la mirada de Borkos era dura, fría, carente de sentimientos. Podía ser físicamente diminuto pero habia en él algo que le hacía superior a todos los demás.Los dos hombres se contemplaron en silencio durante une momentos, Borkos fue el primero en hablar.

- Eres el enviado de Terphyx —dijo.
- Sí, lo soy, y todo lo que diga, será como si ella misma lo dijera —contestó el joven con firme acento.

- Una sonrisa imperceptible apareció en los labios de Borkos...

- La lástima es que, si te mato, no podré matarla a ella al mismo tiempo —dijo.
-

CAPÍTULO XI

Carter no pudo por menos de percibir una extraña sensación de miedo al escuchar aquellas palabras. De Borkos se podía esperar cualquier cosa, pero, a pesar de todo, no quiso que se le viera amedrentado.—Si yo muero, sólo morirá un hombre, pero afuera de la ciudad hay ochenta mil —contestó.—Bah, pigmeos ridículos... Ni siquiera son hombres —manifestó Borkos despectivamente—. Cada uno de mis soldados vale por veinte de esos muñequitos de carbón. Y ello sin contar de las armas de que disponemos, capaces de aniquilar a un ejército diez veces superior en número.—Borkos, creo que ambos estamos divagando y lanzando baladronadas que no conducen a ninguna parte. En nombre de Terphyx de Zhanor, auténtica hkaddor de Skirron, te conmino a que depongas las armas y te entregues, para ser juzgado por tus delitos. Tienes muchos hombres y armas excelentes, pero ello no impedirá tu derrota, si eliges la guerra.—Eres muy audaz, mensajero. ¿No se te ocurrió pensar que podría ordenar que colgasen tu cabeza de una de las murallas?—Cuando vine aquí, me consideré hombre muerto. Pero no por ello desistí de comunicarte el mensaje de Terphyx. —Ella quiere que me rinda y me entregue a su justicia... —En efecto, eso quiere.—Pues bien, dile que venga a capturarme, si se siente con ánimos para ello —exclamó Borkos con voz tonante—. Y dile también que si yo la capturo, y eso es lo que sucederá, inevitablemente, me la llevaré a mis habitaciones, para disfrutar de sus encantos, hasta que me haya hartado de ella. Entonces, ordenaré que le corten la cabeza. Díselo así y añade también que, aunque pueda vivir todavía algunas semanas, es ya una mujer muerta. Carter se inclinó.—Transmitiré puntualmente tu respuesta, señor —pro metió.

En cuanto a los pigmeos, puedes hacer saber a su jefe que disponemos de armas que los exterminarán, si intentar atacar. Ni uno solo volverá vivo a su país, ¿has entendido?

—Tienes armas poderosas, creo, señor. — ¿Lo dudas?—¿Pueden volar tus astronaves? Borkos respingó.

—No sé qué diablos les pasa... Ninguna puede despegar...

Ya lo sabía —sonrió el joven—. Tuve mucha suerte a encontrarme con el coronel Arphet. ¿No te informó de le que había sucedido?

—Tú le quitaste la nave...

- Y me sirvió para inutilizar las tuyas. Lina advertencia. Borkos; es inútil que trates de sonsacarme cómo lo hice, ni siquiera por la violencia. La operación realizada resultó definitiva. Tus naves no volverán a volar jamás.

- No era cierto, pero no sentía el menor deseo de ser sometido a un interrogatorio que no tendría precisamente nada de cortés y amable. Era preciso seguir impresionando al usurpador, se dijo.—Muy bien —respondió Borkos—, Pero no me importa... Repito que dispongo de armas que harán arrepentirse a los escasos supervivientes de haber tomado parte en esta insensata aventura. Ya hemos hablado bastante; puedes retirarte.Carter decidió aprovechar la ocasión; no quería que Borkos pudiera volverse atrás de su decisión. Escoltado por el oficial y los soldados, emprendió inmediatamente el camine de regreso.Desde el suelo, las murallas abrumaban con su mole gigantesca. Los soldados del parapeto se veían pequeñitos, como enanos. En cuanto a las armas situadas en el coronamiento, apenas si se podían ver, debido a su posición.Terphyx corrió ansiosamente a su encuentro.— ¿ Keith?—He perdido el tiempo —contestó el joven—, Pero tenía que hacerlo, compréndelo.— Nadie te podrá hacer ya el menor reproche —sonrió ella.— ¿Guerra? —preguntó Bar-Hi-Tuu, que se había acercado para inquirir novedades.
- —Sí —dijo Carter—. Guerra... pero haz que tus hombres vigilen más que nunca por las noches. Es preciso evitar una sorpresa por parte de los guerreros de Borkos. Podría resultar funesto, ¿comprendes?
- —Los griqs podemos ver la oscuridad tan fácilmente como durante el día —contestó el pigmeo orgullosamente.Carter contempló aquellas pupilas tan claras y supo que Bar-Hi-Tuu decía la verdad.«Deben ver mejor que los gatos y los búhos», pensó.
-
- * * *
-
- Se acercó a Ghenka y tomó sus manos unos instantes.— Ya sabes lo que debes hacer —dijo—. Empieza cuando gustes, pero no te desvíes una línea del plan trazado. No dejes que las erswas se lancen al combate individual. Tenéis una misión que cumplir y en modo alguno conviene que hagáis nada más.Ghenka sonrió. —Todas mis amazonas están perfectamente instruidas —aseguró —. Y los hombres también, por supuesto.—Muy bien, entonces, cuando quieras...Momentos después, empezaban a despegar las

primeras cometas. Remolcadas por aquellos veloces tiros de perros, hábilmente guiados, tomaron altura gradualmente, en sucesivas oleadas, calculadas a la perfección.Cada cometa disponía de dos tripulantes, uno de los cuales era el piloto y el otro uno de los ayudantes de la combatiente. El piloto hizo que los canes de remolque describieran enormes círculos, largando cuerda gradualmente, hasta alcanzar una altura de unos mil metros.Entonces, soltó la cuerda y orientó su cometa hacia las murallas. Carter contempló la operación con ansiedad.Una veintena de cometas volaron hacia la ciudad. Al hallarse sobre la vertical de las murallas, Ghenka y las amazonas de la primera oleada empezaron a arrojar las rústicas bombas de mano construidas durante todos aquellos meses.Eran más que granadas de mano: unos recipientes de barro cocido, provistos de una pequeña mecha, y de casi treinta centímetros de diámetro. Los hombres de Borkos se burlaron de aquellos artefactos, de apariencia frágil e inofensiva, pero sus risas se trocaron pronto en aullidos de pánico cuando empezaron a producirse las primeras explosiones.Ghenka hizo una pasada a lo largo del muro y arrojó media docena de granadas, que devastaron una parte del coronamiento. Los hombres y las máquinas de guerra saltaban por los aires, convertidos en pedazos de carne sangrante y astillas de inútil madera.Durante una hora larga, continuó el implacable bombardeo. Ocho mil cometas sobrevolaron completamente el cinturón de murallas, lanzando en total unas cincuenta mil bombas. Cuando terminaron su ataque, la moral de los defensores había bajado muchos grados.

- Carter no dejó que los hombres de Borkos se rehiciesen. Sabía de sobras que Borkos disponía aún de muchas reservas para cubrir las bajas sufridas durante el bombardeo.
- —Ahora va a saber lo que es bueno —dijo.Agitó una mano. Diez unidades de pigmeos, de unos ochocientos hombres cada una, iniciaron el avance sobre la ciudad.Cada una de los griqs disponía de una mecha encendida, que utilizarían en el momento oportuno. Pero, al mismo tiempo, cientos de pigmeos empezaron a mover los carros gigantescos que Carter había hecho construir.Eran unos carros enormes, con ruedas de más de tres metros de altura y una capacidad de carga de veinte toneladas. Los vehículos llegaron al punto más alto de la loma y luego iniciaron el descenso por la pendiente.A cien metros de la cumbre, los pigmeos soltaron el primer carro y lo dejaron que se moviese por simple inercia. Uno de los griqs encendió la mecha situada en la parte posterior.

- —Ahí van veinte toneladas de pólvora —murmuró Carter. El carro siguiente fue lanzado con unos doscientos metros de Intervalo. Carter disponía de una docena y pensaba emplear ocho en el primer ataque. Serian ocho devastadores martillazos contra la muralla y su colosal portón blindado.
- Los pigmeos de a pie se habían detenido momentáneamente. El primer carro llegó a toda velocidad, a la muralla, a veinte metros de la puerta, y se estrelló con terrible estruendo. Pero un segundo más tarde, se produjo la explosión.Un gigantesco chorro de fuego y humo subió a cientos de metros de altura. El suelo retembló con violencia. Enormes fragmentos de la muralla volaron por los aires como simples astillas. Carter supuso que el efecto devastador de la explosión llenaría de pánico a los defensores de la fortaleza.Siete gigantescas explosiones se produjeron sucesivamente, con intervalos máximos de medio minuto. Cuando el humo se despejó. Carter, satisfecho, apreció que el enorme portón de metal yacía por tierra.A treinta metros, se veía una extensa brecha, de más de cincuenta metros de anchura. Aún era preciso trepar una veintena de metros, pero los mismos escombros, facilitarían la tarea. Las bajas entre las fuerzas de Borkos debían ser muy cuantiosas, pero eran gente avezada a la lucha y podrían rehacerse para combatir con ferocidad hasta el último momento.Era preciso romper su moral. Hizo una señal y varios millares de griqs avanzaron en una extensísima fila, hasta situarse a unos quinientos metros de la muralla. La mayoría de las máquinas habían sido destruidas por el bombardeo de las amazonas y los disparos de las pocas que quedaban resultaron prácticamente nulos.En la brecha, como suponía, se habían concentrado numerosos guerreros, dispuestos a defender el boquete, por el que se suponía iba a producirse el asalto final. Entonces, casi a la vez, cuatro o cinco mil cohetes venablo volaron por los aires, provocando una espesísima nube de humo blanco.El aullido conjunto de todos aquellos proyectiles, sonando al mismo tiempo, era espantoso. Todos los venablos se concentraron en un espacio de tinos cien metros. Cuando el humo se disipó, decenas de guerreros yacían por el suelo, al otro lado de la brecha.Carter dio otra orden. Nuevamente se lanzó otra descarga, ahora contra la muralla. Muchos venablos fallaron el blanco, pero el efecto resultó aterrador entre los soldados que había en el coronamiento, quienes se sentían incapaces de comprender cómo podían alcanzar una distancia tan enorme aquellas armas construidas para ser lanzadas como máximo a cien pasos.Durante unos minutos, sólo hubo venablos

en el aire, acompañados de horrorosos silbidos. Bar-Hi-Tuu, al lado de Carter, aguardaba ansioso la orden del asalto final.La desmoralización entre los defensores era ya patente. Carter hizo un gesto con la cabeza.

- — ¡Adelante, Bar-Hi-Tuu Ya sabes lo que te queda por hacer!
- Instantes después, se oía un aterrador alarido, brotado al mismo tiempo de decenas de miles de gargantas. Los griqs se pusieron en movimiento, precedidos por varias filas de lanzadores de cohetes venablo, que disparaban sin cesar contra la fortaleza.
- Carter movió una mano. Una amazona se acercó corriendo.
- —Ya está lista —anunció. —Muy bien, vamos allá. Terphyx se sobresaltó.
- —Keith. ¿Qué es lo que piensas hacer?—preguntó.—Tengo que hacer algo en persona y no quiero dejarlo en manos de nadie —contestó el joven, a la vez que corría hacia la cometa que aguardaba a unos pasos de distancia.Terphyx extendió una mano hacia él, pero pronto se convenció de que Carter no le hacía el menor caso. Con el corazón oprimido por la angustia, vio que la cometa se elevaba en el aire y se dirigía hacia la ciudad, que ya estaba siendo asaltada, a la vez que ganaba altura.Cuando estaba a unos doscientos pasos de la muralla, en la que se combatía con inaudita ferocidad, la amazona que pilotaba el aparato soltó el cabo de remolque. Desde unos seiscientos metros de altura. Carter presenció los incesantes combates que se desarrollaban sin cesar ya en el interior de Skirronia.Los hombres de Borkos eran valientes y morían en sus puestos, sin ceder una pulgada de terreno. «Lástima de fidelidad mal emplead», pensó.A los pocos momentos, divisó el edificio donde vivía Borkos. La amazona dirigió el aparato hacia aquel lugar. Carter preparó sus armas.La cometa describió unos cuantos círculos sobre el palacio, cada vez a menor altura. Desde al aire, Carter pudo ver a Ghenka y un numeroso grupo de erswas, que corrían velozmente hacia el edificio, arrollando sin piedad a todo el que trataba de cortarles el paso.Ghenka y sus amazonas irrumpieron en el palacio. Entonces, Carter lanzó una exclamación:— ¡Ahora!La cometa descendió velozmente. Unos segundos después, se había posado en la terraza del edificio. Provisto de las armas que había fabricado para la ocasión, Carter saltó fuera de la barquilla y corrió velozmente en busca del hombre al que se había prometido a sí mismo combatir en persona.

CAPÍTULO XII

Resultaba evidente que Borkos, pese a sus funestas cualidades, era un hombre valiente. Estaba allí, en el centro de lo que parecía un gran salón del trono, pálido, pero resuelto, y rodeado de unos cuantos altos oficiales, así mismo dispuestos a morir antes que rendirse.Carter entró precediendo a Ghenka y sus erswas en muy pocos pasos. Vio el grupo de hombres que aguardaban fríamente su destino y levantó la mano izquierda.—Borkos, entrégate para ser juzgado —exclamó—. Tendrás todas las garantías necesarias y se respetará tu persona en todo momento, hasta el momento que se cumpla la sentencia que se dicte por el tribunal competente.Una sonrisa desdeñosa apareció en los labios del sujeto.—Sentencia de muerte, supongo —contestó—. Entonces ¿para qué aguardar tanto tiempo? Es mejor acabar ahora de una vez. ¿no te parece?—Eres un hombre valeroso, pero has actuado equivocadamente. Tal vez te condenen a una pena menos grave, aunque, eso sí, mereces al menos estar encerrado de por vida. Ríndete, es tu última oportunidad.— ¡No! —dijo Borkos con acento que excluía toda duda.Carter se dirigió a los otros oficiales.—Vosotros podéis deponer las armas. Se respetarán vuestras vidas. No hagáis algo que ya no tiene sentido, por un equivocado concepto del honor. La derrota de vuestros soldados es total. Pensadlo bien.Hubo un momento de silencio. Luego, Borkos dijo:—Os relevo del juramento de obediencia y permito que os entreguéis.Una docena de espadas cayeron al suelo con metálicos sones. Carter dio un paso hacia delante.—Supongo que estás dispuesto a jugar conmigo la última partida —manifestó.Borkos desenvainó la espada que pendía de su costado.

—Tú no puedes herirme a mí: soy invulnerable a todas las armas dijo—, ¿Qué sucederá si yo te mato, como va a ocurrir inevitablemente?

— Al menos tendrás el consuelo de irte en mi compañía al otro mundo —sonrió Carter.En la mano izquierda tenía un rollo de lo que parecía cuerda de color negro, muy lisa, atada a una pequeña mochila que llevaba a la espalda. En la mano derecha tenía la espada con la que se había estado entrenando durante todos aquellos meses.

Contempló pensativamente el brillante traje que vestía Borkos. ¿Era aquella indumentaria lo que le convertía en invulnerable?

- Pronto tendría ocasión de saberlo, se dijo. Repentinamente, vio venir hacia sí la espada del usurpador.Apenas si tuvo tiempo de saltar desesperadamente a un lado. La espada se movía sola, guiada por control remoto, mediante la caja de mandos que Borkos sostenía con las manos. Carter se revolvió y agachó frenéticamente, tratando de evitar los tajos y estocadas que el usurpador le tiraba con toda comodidad desde unos cinco o seis metros de distancia.Una de las amazonas lanzó de pronto un agudo chillido y se curvó hacia delante, con las manos en el desnudo vientre, atravesado por la espada, en una acción mal calculada por parte de Borkos. Durante un par de segundos, el usurpador pareció sentirse desconcertado.Por medio del control de radio, retiró la espada del cuerpo de la amazona, quien se desplomó inmediatamente al suelo. Carter aprovechó aquel instante de respiro y lanzó el cable contra la espada que se movía irregularmente en el aire.Brilló un terrible fogonazo y se oyó un estallante chasquido. La espada explotó literalmente, al contacto con el cable, procedente de la batería que el joven llevaba a la espada.Borkos se precipitó hacia una de las espadas abandonadas por sus oficiales.—Ahora tendrás que demostrarme que eres un buen esgrimidor —dijo—. Yo lo he sido siempre, pese a mi figura. Nadie logró jamás vencerme en un duelo a espada, ¿me oyes? Carter contempló unos instantes a su adversario. De pronto, quiso hacer una prueba y, agarrando la espada por la parte más próxima a la empuñadura, la disparó hacia delante como si fuese un venablo.Borkos rió desdeñosamente. La espada se detuvo a un palmo de su traje y salió rebotada, tras un leve chasquido, como despedida por una fuerza invisible.Carter meneó la cabeza. Resultaba evidente que el traje de Borkos era un escudo de energía. Posiblemente, lo había hecho fabricar para él de una forma exclusiva. O quizá no había tenido tiempo de equipar a todo su ejército.Pero no era tiempo de especulaciones. Además, ya se había preparado para aquello, aunque, antes de lanzar un ataque definitivo, quiso hacer una prueba.—Ghenka, quiero todas vuestras espadas —dijo—. Ve pasándomelas a medida que las arroje contra Borkos.El usurpador reía burlonamente cada vez que una espada era repelida por su escudo de energía. Pero después de haber rechazado diez lanzamientos, las espadas sucesivas fueron despedidas cada vez con menos potencia.Carter sonrió. La fuerza del escudo de energía se consumía, a medida que recibía nuevos proyectiles. Borkos se dio cuenta también y se puso pálido.Desesperadamente, en el último instante, lanzó su

espada.Al mismo tiempo. Carter arrojaba el cable eléctrico. Este rozó ligeramente la espada y la hizo tomar una trayectoria errática, completamente irregular.El cable alcanzó el traje de Borkos, del que empezaron a desprenderse infinidad de ruidosos chispazos. Durante unos segundos. Borkos estuvo envuelto en una serie de relámpagos azules, que formaban una terrible aura en torno a su persona. Luego, casi de golpe, su cara se volvió negra y cayó al suelo, convertido en una masa inerte, de la que no se apreciaba ya el menor signo de vida.

Y, al mismo tiempo, Carter sentía un terrible dolor en la sien izquierda. Le había resultado imposible esquivar el golpe de la espada lanzada por Borkos y la empuñadura chocó contra su sien. Durante un segundo, aún pudo conservar la visión. Luego empezó a caer, dándose cuenta de que iba a perder el conocimiento.

Antes de que tocara el suelo, tuvo tiempo de oír la voz de Terphyx, que pronunciaos su nombre con trémolos de angustia;

— ¡Keith! ¡Keith!

La voz de la muchacha se alejó rapidísimamente y Carter se sintió envuelto en una impenetrable oscuridad, en la que no se percibían en absoluto imágenes y sonidos.

* * *

Terphyx volvió a llamarle: —Keith. Keith...

El joven abrió los ojos. La cabeza le dolía todavía, pero se sentía mejorar con rapidez. Notó que estaba apoyado en el regazo de una mujer y trató de incorporarse.—No te muevas aún —dijo ella—. Espera unos minutos. Keith.

— ¿Eres Terphyx? —pregunto Carter.—Sí, claro, ¿quién otra podría ser?—Desde luego... Terphyx, Borkos ha muerto.—No. te equivocas. Borkos sigue todavía vivo.

El joven se sentó de golpe. Terphyx sentada sobre sus talones, le miraba con la sonrisa en los labios.—He sostenido un duelo con él. Pude romper su escudo de energía. Le vi caer muerto... Ghenka y sus erswas estaban presentes. Tú llegaste justo cuando yo perdía el conocimiento...—Perdona, pero eso tiene que suceder todavía, si tú quieres, naturalmente contestó Terphyx de forma harto enigmática. Luego hizo una pausa.—Mira a tu alrededor —indicó ella a los pocos momentos—. ¿Sabes dónde estás?Atónito. Carter observó el panorama que le rodeaba. Vio el gigantesco talud, la explanada donde Madigan estacionaba su maquinaria a unos mil metros de distancia, la boca de la cueva... No cabía la menor duda, aún estaba en la

Tierra.

- —Pero.... pero yo he tomado parte en unas aventuras... Te ayudé a recuperar tu trono... o como se llame lo que hay en Skirron para el jefe...Terphyx seguía sonriendo.
- — ¿Me permites que te explique lo que ha sucedido? —Sí, te lo agradecería. Por favor, Terphyx... si es que de verdad sigues siendo Terphyx de Zhanor. Ella exhaló una fresca risa.
- —Sigo siéndolo y. espero, durante muchos años y con tu ayuda —contestó—. Bien, tú me despertaste, ¿.recuerdas?—¿Cómo olvidarlo? Estaba tan asombrado... Nunca había visto una cosa semejante...—La sorpresa te hizo dar unos pasos hacia atrás y caíste por el hueco. Entonces te diste un fuerte golpe y perdiste el sentido. Yo corrí a auxiliarte y cuando vi que lo que te pasaba no tenía importancia alguna, decidí hacer una prueba. — ¿Qué prueba? —preguntó él.—Necesito tu ayuda, la de alguien suficientemente audaz, valiente e inteligente, para poder recuperar mi puesto de hkaddor. Entonces te llevé al cuarto de la predictora.— ¿Qué es eso, Terphyx?—Una máquina con la que se puede sondear el futuro, a partir de ciertos sucesos básicos, indispensables para obtener las respuestas apropiadas. Te parecerá mentira, pero las aventuras que has vivido no han sucedido todavía. Sucederán, si tú quieres.Carter sintió que se le caía la mandíbula inferior.— ¿Quieres decir que todo ha sido un sueño? —exclamó, pasmado de asombro.—No exactamente, porque, en general, los sueños se refieren a las cosas ya sucedidas. Es como..., como si hubieras visto una película de las cosas que van a suceder, siempre que accedas a ayudarme, por supuesto. En caso contrario, no ocurrirá nada de lo que has visto a través de la predictora.— ¿Tú lo has visto también? —preguntó el joven.—Sí. La predictora dispone de una pantalla en la que se proyectan las imágenes de lo que ve tu mente.Terphyx calló unos instantes. Carter guardó también silencio, mientras meditaba su respuesta.Al cabo de unos segundos dijo:—La proyección de imágenes cesó en el momento en que yo perdía el sentido, alcanzado por la espada de Borkos. —Así es.— ¿Ya no se puede saber lo que sucederá después?—No. La predictora exige una enorme cantidad de energía y la fuente de suministro se ha agotado. Estuviste mucho rato sometido a su influencia, Keith.—Esa maquinita, supongo, es algún invento del profesor... ese que te ayuda y que tiene a su familia en rehenes tomados por Borkos.—S'hdon se llama —recordó ella.—Muy bien. S'hdon es un gran inventor y, seguramente, te envió aquí en busca de ayuda, en un catafalco...

- Ya te dije que tuve que escapar de Borkos y encerrarme en el féretro, para evitar un consumo excesivo de oxígeno.

- —Pero la nave estaba en el interior de la montaña.— Dispone de una perforadora, que debió de actuar mientras yo dormía. Cuando me encerré en el féretro, dejé en marcha los mecanismos automáticos, a fin de evitar colisiones dañinas.— Comprendo. Yo caí por la escalera, perdí el sentido...

- Y cuando vi que no tenías nada, te llevé a la predictora. Luego, al terminar, te saqué al exterior, para que pudieras recobrarte —explicó la joven.

—Estupendo. De modo que si decido ayudarte, se repetirá con toda exactitud, hasta el último detalle, todo lo que he visto en sueños.

—Sí, Keith, así será.

Carter acarició pensativamente la mandíbula.

—Me pregunto cómo vamos a volver a Skirron. Con la nave encerrada en la montaña, no resultará fácil alzar el vuelo.

—Oh, no será necesario. S'hdon ha dispuesto todo para nuestro regreso. — ¿Cómo?

Terphyx sonrió imperceptiblemente.

—He podido comunicar con él y me ha dicho que ya podemos volver cuando te parezca. —Se volvió bruscamente y señaló la escalera que partía del suelo hacia las alturas, a unos metros de distancia—. Es el último invento de S'hdon: la escalera espacial que, a través del hiperespacio, permite alcanzar cualquier mundo, por lejano que se encuentre.

Lentamente, Carter se puso en pie. Ahora estaba convencido de que se hallaba plenamente despierto. Lo que le sucedía no era un sueño, aunque sí había podido ver su futuro, hasta un determinado punto.

En aquella escalera, que parecía hecha de oro puro, pero completamente transparente, estaba la frontera del infinito, la línea que separaba la realidad de la ficción, la raya que delimitaba el sueño de la vigilia.

De pronto, se volvió hacia Terphyx y sonrió.

—La predictora no pudo terminar su trabajo —dijo—. Pero yo sí sé lo que sucederá cuando haya terminado con Borkos.

— ¿Qué pasará, Keith? —preguntó ella.

Carter le tendió una mano.

—Ven. te lo diré por el camino.

Con las manos unidas, echaron a andar hacia la escalera que les iba a permitir franquear la frontera del infinito.

—Terphyx, cuando Borkos haya sido derrotado, tú y yo nos casaremos…

—Sí, Keith.

Un hombre llegó corriendo en aquel momento, jadeante, casi sin aliento.

—Maldita sea, no tengo remedio. Soy un bruto…. No me he portado bien con ese chico… Es un poco perezoso, pero vale y, qué diablos, si tiene el título de ingeniero, puedo ofrecerle un puesto mejor que el de simple conductor de una excavadora…

Owen Madigan se detuvo repentinamente. A cincuenta o sesenta pasos de distancia, vio una pareja que subía por una escalera apenas visible.

— ¡Keith! —gritó—. ¡Keith Carter! Oye, muchacho…

Madigan calló repentinamente.

— ¿Adonde van? —murmuró.

Casi sintió miedo. Carter y la hermosa muchacha que tenía al lado continuaban ascendiendo y, a medida que ganaban altura, sus siluetas perdían sus contornos.

Unos segundos después, los dos jóvenes habían desaparecido de su vista.

Madigan se rascó la cabeza con aire de, perplejidad.

—Owen, hijito, no digas a nadie lo que has visto. Te tomarían por loco…

Repentinamente se oyó un sordo estruendo.

Madigan levantó la vista. La montaña, empezaba a desmoronarse. Vio la entrada de una cueva, pero, casi inmediatamente, quedó tapada por miles de toneladas de tierra y rocas.

Madigan se retiró a prudente distancia, para no sufrir daños. Acabó por encogerse de hombros.

—La verdad es que no necesitamos excavar en este sitio. Haré que trabajen en otro punto y…

Giró sobre sus talones y echó a andar. A los pocos segundos, se volvió y miró hacia el cielo.

— Keith Carter, no sé adónde vas, pero te deseo toda la suerte del mundo —musitó.

FIN